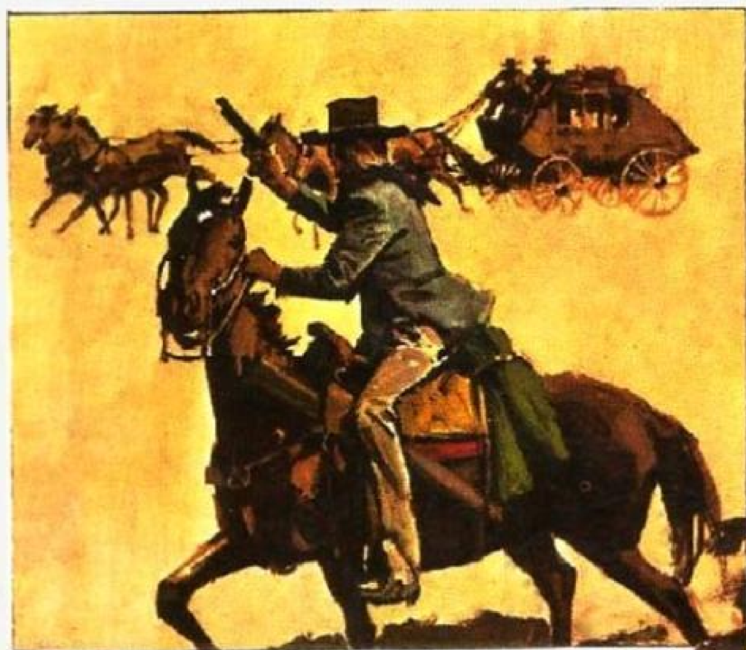
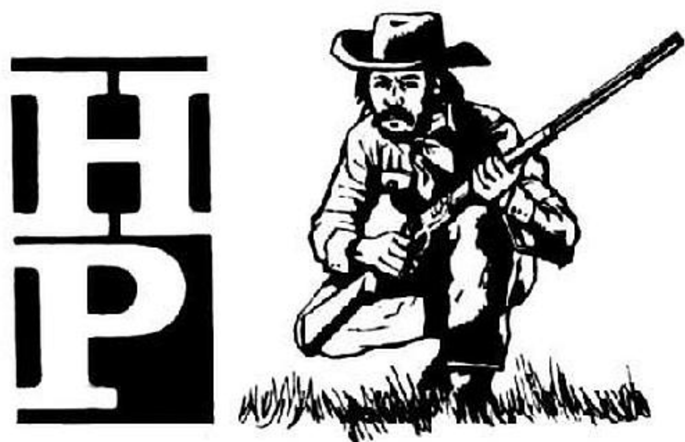


Silver KANE





MISION EN SONORA



HEROES DE LA PRADERA





Silver Kane

MISION EN SONORA

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 499
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 18212-1979

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: julio, 1979

© Silver Kane – 1966

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre iba muy bien vestido. Llevaba una levita gris, unos pantalones del mismo color, aunque algo más oscuros, botas negras, muy bien lustradas, y chaleco color crema. Llevaba también una cadena de oro cruzando aquel chaleco y un sombrero recién estrenado, color blanco-gris.

Por supuesto, también llevaba un revólver.

—Nadie se casa con armas, muchacho —dijo—. ¿Por qué no olvidas, de una vez, el «Colt»?

El que acababa de entrar sonrió.

Contaría unos veinticinco años. Era alto, de recia musculatura, y tenía una sonrisa sana y agradable. Respondía al nombre de Jim.

El que estaba en el despacho era bastante mayor que él. En realidad, debía haber cumplido ya los cincuenta años. Vestía con mucha elegancia, pero al estilo de los hacendados mejicanos. Unas cuantas medallas adornaban su chaquetilla.

Era el general Robles uno de los hombres más influyentes del Estado mejicano de Sonora.

Robles miró a Jim afectuosamente.

Se sentía orgulloso de aquel joven alto, distinguido, de buen carácter, el que, para que no le faltase nada, disponía también de una saneada fortuna.

El general le invitó a que se sentase.

—Te he rogado que vinieras para hablarte de algo que no habíamos tratado aún.

Jim se despojó del cinturón-canana y lo dejó todo sobre la mesa, sonriendo como siempre.

—¿Es que hay algún inconveniente para la boda?

—No… ¡Ninguno! Claro que no. Incluso te diré que estoy

orgulloso de ti. Siempre soñé que mi única hija se casara con un hombre de más allá de la frontera, con un yanqui, porque vosotros, en cuanto termine, la guerra actual, gozaréis de grandes períodos de paz y prosperidad. Méjico, al contrario, es un país demasiado lleno de vitalidad, demasiado inquieto, y preveo que los períodos de paz van a ser más breves que los de guerra.

Con una sonrisa, añadió:

—Por eso no puse el menor inconveniente a tus relaciones con mi hija, cuando llegaste a Sonora con tus rebaños, después de cruzar la frontera. ¡Y aún entonces no te conocía! Luego he visto que eres un muchacho sensato, digno, y sólo puedo decirte que me siento orgulloso de admitirte en el seno de mi familia.

Jim cabeceó lentamente, asintiendo.

Una sonrisa indefinible, que era imposible descifrar, flotaba en sus labios bien dibujados.

—Tú me has ayudado en mis momentos de preocupación —siguió diciendo el general Robles—. Por ejemplo, cuando la epidemia entre las reses, o cuando me robaron la caja fuerte, llevándose una pequeña cantidad de dinero. Con todo esto sólo quiero decirte que cuando, dentro de una hora, te cases con mi hija, yo viviré uno de los momentos más felices de mi existencia. Pero hay algo que quisiera decirte aún.

—¿Qué es?

—Tú no me lo has pedido nunca, pero yo tengo una dote de diez mil pesos para mi hija. Quiero entregártela ahora.

Jim hizo un gesto de hastío.

—Por favor, no es necesario…

—Ya sé que tú eres rico, muchacho, pero yo también lo soy, y quiero cumplir mis obligaciones. Ahí van los diez mil pesos, que además he transformado en buena moneda de tu país, en crujientes dólares, porque sé que os iréis a vivir a los Estados Unidos.

—Así es, señor.

El general extrajo dos buenos fajos de billetes del cajón central de su mesa. Los tendió a Jim, quien los aceptó con el gesto apacible del que está acostumbrado a manejar sumas semejantes.

—No tenía que haberse molestado por eso, general.

—Así me siento más tranquilo.

—Y yo le doy las gracias.

El general se puso en pie, rodeó la mesa y dio un abrazo al joven. Había en sus ojos una emoción que no acertaba a ocultar. Incluso hubiera Podido decirse que había en ellos un brillo de lágrimas.

—Haz feliz a Anita, muchacho… Ella no es más que una pobre niña. Nunca ha habido hombres en su vida, excepto tú. Cierto que la pretendieron otros, como Fuentes, del que ella te habrá hablado alguna vez. Pero nunca les hizo caso. ¿Te ha dicho ella cómo es aquí la vida de una chica que aspire a ser distinguida?

—Alguna vez me ha hablado de eso.

—Como esta tierra es tan inquieta, y la gente resulta tan apasionada por estas latitudes, no hay más remedio que encerrar a las muchachas hasta que se casan. Por lo general, las de buenas familias se educan en conventos donde viven poco menos que en régimen de clausura. No ven a nadie, excepto a las Hermanas que las atienden. Así ha ocurrido con Anita, y para ella resultaría un golpe terrible que tú no supieras comprenderla.

Jim sonrió otra vez.

No podía negarse que era simpático, que disipaba con un solo gesto todas las desconfianzas.

—En este breve tiempo, he aprendido a conocer bien a Anita —dijo—. Cierto que sólo llevamos un mes de relaciones, pero es bastante para conocer a una chica, cuando ésta tiene el alma de cristal. Nunca debe preocuparse por eso. La haré feliz.

—Y yo te lo agradeceré siempre, muchacho. Ella lo es todo para mí.

Le palmeó la espalda, y los dos hombres salieron de la habitación.

Un momento después, Jim llegaba a su dormitorio, en la propia casa del general y de la que iba a ser su esposa. Ambos habían insistido para que la última semana se alojase allí.

Jim sacó un maletín del armario y empezó a poner en él unas cuantas cosas personales. Sacó también otra funda canana y otro revólver, los cuales se ciñó, ya que había tenido que dejar los primeros en el despacho del general.

Mientras estaba ocupado en esta tarea, la cual realizaba velozmente y con matemática precisión, la puerta se abrió a sus espaldas silenciosamente.

Una muchacha entró allí, caminando de puntitas, mirándole con embeleso.

Era una de las más bellas criaturas del Estado de Sonora. Tal vez fuese una de las más bellas criaturas de Méjico entero, donde las mujeres son tan hermosas.

Tenía los cabellos más bien claros, la tez fina, los labios gordezuelos y bien formados. Un cuerpo de sirena, de auténtica diosa, comenzaba bajo aquel rostro que hubiera podido ganar un campeonato de belleza.

Anita Robles avanzó en silencio hacia el hombre, y de pronto se abrazó a él, pegándole mimosamente la cara a la espalda.

—Jim… —susurró.

El sufrió una sacudida.

Todos sus nervios se pusieron tensos, pero al fin se volvió con una suave sonrisa.

—Anna… ¿Tú?

—Quería decirte que soy muy feliz, Jim. Sólo eso.

—Yo también lo soy.

—¿Qué estabas haciendo? Ven, te ayudaré.

—No, no es necesario…

—No olvides que ahora soy tu mujercita. No tienes que molestarte haciendo algo en la casa. Todo lo haré yo.

—Pero si te digo que no es nec…

A pesar del gesto con que él trató de impedírselo, ella dio la vuelta ágilmente, riendo, y vio entonces el maletín que Jim había estado llenando de ropa.

Al principio la muchacha no comprendió.

No relacionó aquello con una posible marcha del hombre que iba a casarse con ella. Le pareció más bien una broma o una confusión.

Miró a Jim.

Y, de pronto; supo que algo había cambiado, que era distinto, que ya iba a ser distinto para siempre.

Los ojos de Jim ya no eran los mismos.

Aquellas pupilas siempre reidoras se habían vuelto espantosamente pequeñas, frías y grises. Sus labios eran duros. Aquel rostro amable era en estos momentos el de un aventurero, un auténtico rostro de piedra.

—Lo siento —dijo él con voz metálica—. Quería haberte ahorrado esta contrariedad.

—Pero… pero, Jim… ¡Esto tiene que ser una broma!

—No lo es, Anna.

—Quieres decir… que todo ha sido una… una comedia…

—Bueno, puedes llamarla así.

—Pero… yo te gustaba…

—Tú gustas a todo el mundo, pequeña.

—¿No tenías intención de… de casarte conmigo?

—Ya ves que no.

Ella estaba materialmente atónita.

En su cerebro no había penetrado aún del todo la increíble idea. Si ella había confiado alguna vez en alguien, ese alguien era Jim. Si ella había creído alguna vez en el amor, fue al conocerlo a él. Si ella había tenido fe, la tuvo en Jim. Y este desengaño terrible, lacerante, lo era más aún, por el hecho de que aquél fue el primer hombre de su vida.

Poco a poco, iba dándose cuenta.

Balbució:

—No lo entiendo, Jim.

—Lo empezarás a entender si te digo, como entrada y entremés, que el ganado que traje no era mío. Había sido robado. Y todo el lujo con que he vivido durante el pasado mes, ha sido debido en gran parte al producto de su venta.

Ella apretó los labios, sin decir una palabra.

—Seguiré —dijo él con indiferencia—. El conocerte no fue casualidad. A aquel caballo que se desbocó y del que te salvé, le había puesto yo un clavo bajo la silla. Sé hacer muy bien esas cosas.

Las rodillas no la sostenían, pero Jim simuló no notarlo.

—Necesitaba enamorarte y entrar en el seno de la familia para ganar la confianza de tu padre —prosiguió—. Así pude abrir su caja fuerte y apoderarme de unas cuantas cosas.

—Sólo le robaste quinientos pesos —dijo ella con desprecio—. No creí que te vendieras por tan poco.

—Lo de los pesos fue una propina —dijo él enigmáticamente—. Lo que me interesaba era otra cosa.

—¿Qué?

—Eterna curiosidad femenina. Nada que a ti pueda importarte,

pequeña.

—Pero eso fue hace una semana —susurró Anna—. ¿Por qué esperaste? ¿Por qué no me ahorraste esta última humillación, este último dolor? ¿Por qué te has burlado de mí hasta el pie mismo del altar?

El sonrió. Y, curiosamente, otra vez su sonrisa volvía a ser despreocupada y simpática.

—Sabía que acabaría pagándome una dote, y me fastidiaba perderla. ¿Qué culpa tengo yo si el muy zángano ha esperado a dármela una hora antes de la boda?

Se oyó el rechinar de los dientes de Anna.

—Entonces, ¿eres… eres un aventurero?

—Un aventurero de una especie muy particular. Si tú supieras la verdad, quizá te sorprenderías. Pero ahora no tengo tiempo para darte explicaciones, pequeña. Un largo viaje me espera.

—¿A dónde vas?

—No es difícil adivinarlo. Hacia el norte, hacia mi país, aunque esté actualmente en guerra. Yo soy un sentimental, ¿sabes?, y a las personas de mi clase la patria siempre les tira.

—Nunca he conocido un cínico, un desalmado, un canalla como tú, Jim. Y eso me parece mucho más terrible aún porque eres el primer hombre a quien he tratado y he querido. Pero siento malograr tus planes. No podrás salir del Estado de Sonora.

—¿No?

—Mi padre te hará perseguir. Eres un hombre solo.

—No tanto, pequeña.

Con un gesto, la invitó a acercarse a la ventana. A través de los cristales, vieron la plazuela tranquila, limpia, de la pequeña ciudad. Vieron los eternos peones mejicanos dormitando al sol. Y vieron, sobre todo, dos mejicanos armados con rifles, que esperaban abajo mientras acariciaban sus caballos. Pero los caballos eran en número de tres, todos dispuestos para la marcha. Jim lo tenía previsto.

—Mis ayudantes —dijo—. No veo de qué modo va a impedir tu padre que me largue, a menos que desee dar a la ciudad un baño de sangre. Ni pienso que tú quieras impedírmelo tampoco, pequeña. Al fin y al cabo… ¡para lo que te ha durado este único amor de tu vida!

La cínica frase no impresionó ya a Anna. Ésta parecía haber

llegado a los últimos extremos del dolor, de la desesperación, y ya nada la afectaba. Sólo se limitó a murmurar:

—Fuentes.

—¿Fuentes? ¿Qué pasa con él?

—Sabes que fue pretendiente mío. Sabes que me quería. El te cortará el paso y te matará.

—Diablos, pues no sé por qué. Ya lo dicen por ahí… A enemigo que huye, puente de plata.

—Tu sentido práctico me da náuseas, maldito «gringo».

Era la primera vez que ella le llamaba «gringo» despreciativamente. Pero él no se inmutó.

—Fuentes tiene sentido del honor. Juró que te mataría en cuanto te viese, y ahora te verá.

—Le prestaré unas gafas para que me vea mejor.

—Jim…

Volvía a haber un tono patético, humilde, suplicante, en la voz de la muchacha.

—Jim, no salgas… Jim, yo haré lo que quieras… Cásate conmigo.

—Eres la mujer más bonita de Sonora. Encontrarás a puntapiés hombres que quieran llevarte al altar.

—A mí no me importan los demás hombres. Sólo me importas tú.

—Lo siento, pero necesito regresar a mi país.

—Te esperaré.

Era patética aquella humildad, aquella entrega total de una muchacha que no había conocido el amor hasta entonces. A muchos hombres, sin necesidad de ser unos sentimentales, se les hubieran humedecido los ojos.

Pero Jim se mantuvo inflexible, escondiendo su rigidez de piedra tras su aire alegre y divertido de siempre.

—Celebro mucho haberte conocido, pequeña.

Y, cerrando el maletín, empezó a subir la hoja de la ventana de guillotina, con la intención evidente de saltar por ella.

Anna susurró:

—No quiero que el hombre a quien di mi amor, se humille saltando por las ventanas como un ladrón cualquiera. Tienes que salir por la puerta como un caballero, como el auténtico dueño de

esta casa. Y es tu prometida, casi tu esposa, la que debe despedirte.

Cualquiera hubiese jurado que por los ojos de Jim pasaba una chispita, sólo una chispita de emoción.

Pero duró un breve instante.

—Eres muy amable, Anna.

—A nadie encontraremos hasta la planta baja, si salimos por la puerta posterior. Ven.

Jim la siguió.

En efecto, a nadie encontraron en las escaleras de servicio, a través de las salas encaladas, a lo largo del silencio de la casa, en cada uno de cuyos rincones parecía la muchacha dejarse pedazos enteros de su vida.

Al llegar a la planta baja, la muchacha, de repente, abrió el cajón superior de una consola.

Jim lo notó.

El hombre captó aquel gesto rápido, violento, e imaginó enseguida lo que iba a suceder.

«Va a sacar un revólver».

Y él llevó velocísimamente la derecha a la culata de su «Colt», dispuesto a arrancárselo de los dedos con un disparo.

Pero cuando Anna se volvió, en sus manos no había ningún revólver.

Lo que había en sus manos era una bolsa de cuero.

Sonrió con desprecio al ver que él tenía ya los dedos cerrados sobre la culata.

—El dueño de la casa nunca se va de viaje sin dinero —dijo suavemente—. En todas partes tiene que ser un señor. Y yo no habré podido darte mi amor, Jim, porque no lo has querido, pero te daré en cambio lo único que buscabas. He aquí mis ahorros. Cinco mil pesos en buenas piezas de oro y son tuyos.

Balbució:

—No puedo negar que eres una auténtica señora.

—Por eso mismo quiero que mi prometido sea un auténtico señor.

Ella le abrió la puerta.

—Jim, ten cuidado…

Su voz, a pesar de todo, aún era dulce, lejana, patética… Anna aún temblaba por él.

Jim le lanzó un beso con los dedos y dijo sonriendo:

—Adiós, amor…

Los dos hombres que le esperaban fuera, no hicieron comentario alguno. Apenas miraron a la muchacha mientras ésta cerraba lentamente la puerta. Eran hombres duros, perfectos pistoleros, acostumbrados a disparar y a callar. Guardaron también silencio mientras Jim sujetaba bien el maletín a la silla.

Luego se dispusieron a montar los tres.

Iban a hacerlo cuando, de pronto, cuatro hombres a pie aparecieron en la plaza.

Jim conocía, al menos, a uno de ellos. Era Fuentes, un rico hacendado de la comarca, que siempre había pretendido a Anna Robles. Se trataba de un hombre moreno, fuerte, de la misma edad de Jim, y sólo su aspecto indicaba ya que se trataba de un enemigo peligroso. Los otros tres debían pertenecer a su equipo.

A pesar de que no llevaban las manos arqueadas sobre los revólveres, el tono en que venían no ofrecía dudas.

—Nada de violencias —dijo en voz baja a sus hombres—. A ese tipo lo único que le interesa es la muchacha. Yo le convenceré.

—Jim, no podemos perder tiempo.

—No te preocupes, son tres minutos.

Avanzó, sonriente, unos pasos, en dirección a Fuentes.

—Celebro encontrarte —dijo éste, con voz seca.

—Yo también.

—Veo que lo tienes todo bien preparadito para la boda.

—Al contrario, Fuentes, no lo has visto bien. Lo que yo hago es largarme con viento fresco.

Creyó que esas palabras alegrarían al mejicano, que le harían darse cuenta de que tenía vía libre para la conquista de Anna.

Pero, al contrario, las facciones de Fuentes parecieron ser recorridas por una sombra negra.

—Te has burlado de ella…

—Digamos que a última hora hemos reñido.

—Un caballero no hace eso. Eso lo hacen solamente los perros.

—Mira, Fuentes, seamos razonables. Yo me largo de esta tierra. Todo lo que tú tienes que hacer es retirarte de esa esquina y no estorbarme el paso.

—Me retiraré cuando haya lavado con tu sangre la ofensa que tú

le has hecho a ella.

Jim empezaba a estar nervioso.

El, hombre práctico cien por cien, no entendía del todo la actitud de los que anteponían el honor a la conveniencia. Pero estaba seguro de que lograría convencer a aquel hombre.

Sólo era necesario no perder los nervios, tener un poco de paciencia…

Los que estaban perdiendo los nervios, sin embargo, eran sus dos hombres.

Se daban cuenta de que casi todos los que en aquel momento se hallaban en la plaza, prestaban oídos a la conversación. Sucediese lo que sucediese, todos apoyarían a Fuentes, que era allí una figura popular. La situación iba tomando un cariz muy malo.

Por eso, con una sola mirada, se entendieron ambos.

Eran hombres fríos, decididos, que nunca vacilaban en el momento de pasar a la acción.

Los dos se movieron a la vez.

Sacaron sus revólveres con velocidad centelleante, decididos a barrer con plomo la esquina que llevaba a la salvación, y que ahora estaba taponada por aquellos cuatro hombres.

Pero se equivocaron.

Habían contado con que los tres mejicanos que apoyaban a Fuentes estarían distraídos. Les parecía que iba a ser fácil pillarlos desprevenidos y barrerlos con plomo.

Los tres mejicanos, sin embargo, estaban atentos. Sacaron sus revólveres al mismo tiempo.

Jim se dio cuenta en el último instante y lanzó una exclamación:

—¡Idiotas!…

No llegó a evitar lo inevitable. El plomo ya rugía en torno suyo. Uno de los tres mejicanos cayó para no levantarse más, pero sus dos ayudantes saltaron hacia atrás, con las cabezas atravesadas.

Jim, de repente, se encontró solo.

Fuentes no había ni parpadeado siquiera.

—Veo que tus hombres se han puesto nerviosos —dijo con suavidad—. Ésa es mala cosa.

—Bueno, ya ves que me largo. ¿Qué es lo que quieres? Tienes el terreno libre…

—Quiero que me des una satisfacción.

—No tienes derecho a pedírmela. Tú no eres nada para Anna. Absolutamente nada.

—La quiero.

—Jim entornó los párpados.

Se daba cuenta de que las cosas se estaban poniendo mal. El no lo había deseado, pero ¿qué podía hacer? Y al fin y al cabo, no había que dar tanta importancia a una pelea. Se trataba de un desafío más. ¿Cuántos había sostenido él, en su vida? ¿Cuántos hombres, ya con las cuencas vacías, había dejado en su camino?

—Bueno, Fuentes —susurró—, veo que quieres pelea.

—Eso o una satisfacción.

—¿Una satisfacción de qué clase?

—Llama a Anna y ponte de rodillas delante de ella, para que todos lo vean. Bésale los pies.

Jim se mordió el labio inferior.

Su boca formaba ahora una mueca.

—Yo no me he puesto nunca a los pies de una mujer. No voy a empezar a hacerlo ahora.

—Sabes que, entonces, sobra uno de los dos.

—Precisamente eso es lo que estoy pensando, desde hace rato. Y ya empiezo a aburrirme de pensarlo tanto.

—Puedes dar tú mismo la señal.

—¿Y esos dos hombres? Tú estás bien acompañado, Fuentes. Sois tres contra uno. No me parece que eso sea muy elegante.

Fuentes sonrió.

—No temas. Muchachos, vais a desprenderos de los revólveres ahora mismo.

Los dos se quitaron sus cintos-canana, dejando a Fuentes solo frente a Jim.

Éste sentía que unas gotitas de sudor resbalaban por su barbilla.

—¿Satisfecho? —preguntó Fuentes.

—Satisfecho del todo. «¡Saca!».

Los dos hombres se movieron a la vez. E instantáneamente notó Jim que se encontraba ante un enemigo de categoría, ante un enemigo «distinto».

Durante una décima de segundo angustiosa, dramática, se dio cuenta de que Fuentes iba a ser más rápido que él.

De pronto. Jim sintió un choque, comprendió que había sido

alcanzado en el pecho, y trató de disparar, pero su bala salió baja. Mordió el polvo inútilmente.

Fuentes se acercó a él.

Extrajo de unos de sus bolsillos cinco monedas de oro y las dejó caer sobre el cadáver.

—Para el entierro —dijo—. Que sea de primera y con todos los honores.

CAPÍTULO II

El general indicó:

—Adelante.

La puerta se abrió.

El general, que llevaba un inmaculado uniforme azul del ejército del Norte, miró hacia allí.

Un hombre joven entró en el despacho. Era un hombre alto, con aspecto atlético, cabellos rubios y mirada gris. Vestía como un vaquero cualquiera de los que abundaban en la comarca.

El general indicó:

—Siéntese, Prince.

—Gracias, general.

—¿Prefiere que le llame capitán Prince o Prince a secas?

—Hace tiempo que no visto el uniforme. Mejor que me llame como acaba de hacerlo.

—Bien, yo también lo prefiero, porque así nuestra conversación será, digamos, menos ceremoniosa. En primer lugar he de darle una mala noticia. Han matado a Jim Donovan.

—¿Jim?

—Era uno de nuestros mejores agentes —dijo el general, cerrando una carpeta, como si con ello enterrase al hombre a quien acababa de nombrar—. Un militar que antepuso el deber a cualquier otro sentimiento. Era muy frío con las mujeres, quizá un poco cínico, pero terriblemente eficaz. Por eso le encomendé la misión que debía llevar a cabo al otro lado de la frontera, en el Estado mejicano de Sonora.

Prince guardó silencio.

—Hay un hombre en Sonora —continuó el general—, un militar mejicano llamado Robles, que tiene una gran amistad con el jefe de

Estado Mayor sudista, el general Sturmer. Éste elaboró un plan de la ofensiva que ha de ser lanzada contra nosotros en la próxima primavera. Temeroso de que alguien pudiera enterarse de su contenido, decidió confiárselo a su amigo Robles. Pensó que al otro lado de la frontera estaría muy seguro. No dijo a Robles de qué se trataba, aunque le recomendó lo guardase con la mayor atención. Éste lo hizo. ¡Claro que lo hizo!

—Voy comprendiendo —susurró Prince.

—Yo conocí la noticia y encargué a Jim que se apoderase de aquel proyecto. Quizá el camino más seguro era enamorar a la hija única del general Robles, una chica llamada… A ver… ¡Ah, sí! Anna… —después de consultar el nombre en la carpeta, levantó la cabeza—. El caso fue que Jim, eficaz como siempre, consiguió sacar ese proyecto de la caja fuerte de Robles. También se llevó unos cuantos pesos, para que pareciese que el móvil del robo había sido otro.

—Pero Robles se enteraría…

—No sé si daría demasiada importancia a la desaparición de aquel sobre. El no sabía lo que contenía. Pero supongamos que lo comunicara al general Sturmer. Éste puede creer que se trata de un vulgar robo o de un caso de espionaje. Aun suponiendo esto último, no tiene ya tiempo de modificar todo el plan. Hay detalles sobre utilización de caminos, de ferrocarriles, etc… y de concentraciones de tropas y de artillería, que no pueden ser variados de la noche a la mañana. Entonces, no tendrá más remedio que lanzar la ofensiva, corriendo el riesgo de que conozcamos sus planes, o suspenderla, dejándonos a nosotros tiempo para atacar por nuestra parte y tomar la iniciativa en todo el frente de batalla. En un caso u otro, el triunfo es nuestro. La victoria puede ser decisiva para la marcha de la guerra.

Prince asintió:

—Comprendo, general.

—Pero se da la circunstancia de que Jim ha muerto. El muchacho era muy eficaz, pero también muy aventurero. Demasiado. Parece que lo de la chica ésa, Anna Robles, creó dificultades y alguien lo mató. En esa clase de ciudades pequeñas y muy apegadas a las viejas tradiciones, se tarda bastante en enterrar a los muertos.

Prince parpadeó.

—No me gusta nada de lo que voy entendiendo, general, pero comprendo que no hay otro remedio.

El general dijo bruscamente:

—Debe llegar antes de que entierren a Jim. Debe hacerse cargo del cadáver o al menos retirar sus efectos personales, diciendo que es el pariente más cercano del muerto. Le he hecho ya preparar unos documentos falsificados, que lo demuestran así. Entre los efectos personales se encontrará el sobre que robó a Robles.

—¿No se lo habrán llevado ya?

—No. Esa gente es muy respetuosa con los muertos. Es supersticiosa casi. No le habrán quitado nada, excepto, tal vez, el dinero, porque dinero enterrado no aprovecha a nadie.

Añadió:

—Si el general Sturmer llega a enterarse de que Jim no nos entregó el proyecto de ofensiva, la lanzará con todas sus fuerzas dentro de un mes, como máximo. No modificará ni un detalle, y no vacilará ni un minuto. En este momento el equilibrio de fuerzas es muy grande y cualquier batalla desfavorable puede cambiar el signo de la guerra. No necesito decirle cuán importante es la misión que le encargo, capitán.

Volvía a llamarle «capitán» para dar solemnidad a sus palabras. Para que Prince se diera cuenta de lo decisivo que aquello podía ser.

El joven asintió:

—Saldré ahora mismo.

Le entregó a través de la mesa un papel donde había dibujado un plano muy completo. También le pasó dinero y unos falsos documentos de identidad.

—Buena suerte, capitán.

CAPÍTULO III

Un día y medio después de recibir sus órdenes, atravesaba la frontera. Se perdió entonces por un dédalo de montañas, buscando siempre el atajo y la línea recta.

En aquella región infestada de bandidos, nadie se metió con él.

Empezó a creer que le acompañaba la suerte. Aún llegaría a su destino a tiempo, antes de que enterrasen a Jim.

Pero la suerte de Prince era sólo ficticia.

El no se dio cuenta de que alguien le seguía. Su prisa por llegar le impidió prestar atención a detalles que antes no le hubieran pasado inadvertidos.

Cinco hombres iban tras sus huellas. Los cinco le habían visto en la frontera y le habían reconocido. Después de casi tres años de guerra, todos los agentes especiales de uno y otro bando se conocían ya.

Los cinco hombres que le seguían eran sudistas, aunque vistiesen de paisano, como él.

Eso indicaba que el general Sturmer también se había enterado de la muerte de Jim. Y que habría lucha.

Los cinco jinetes sólo iban a media hora de distancia de él, mientras Prince recorría los caminos polvorientos de Sonora.

CAPÍTULO IV

La ciudad estaba dormida, quieta bajo las estrellas.

Había en ella una cincuentena de casas blancas, una iglesia con una elevada torre, amplios campos donde el trigo empezaba a amarillear y montañas lejanas que daban a todo, una infinita sensación de paz.

La campana de la iglesia tocaba a difuntos.

Quizá el entierro iba a celebrarse aquel mismo anochecer. El toque de las campanas sólo podía significar eso.

«Tengo que encontrar la casa de ese tal general Robles —pensó Prince—. Tengo que encontrarla antes de que sea demasiado tarde».

Al llegar a la plaza, tropezó con dos mejicanos bien vestidos que iban hacia la iglesia.

—Perdón… ¿La casa del general Robles? —preguntó en castellano.

Los dos le miraron con curiosidad.

—Es ésa.

Le señalaban una casa distinguida, de noble piedra, situada en la misma plaza. Prince se acercó a ella y vio enseguida que en la entrada principal había varias personas. Mujeres con velos y hombres con la cabeza descubierta.

Eso significaba que el cadáver de Jim aún se encontraba allí. Era el último velatorio.

Prince se quitó el sombrero también, descabalgó, amarró el caballo y entró en el amplio zaguán de la casa.

De pronto, sus ojos se dilataron, con un violento asombro, un asombro que no acertó a dominar.

CAPÍTULO V

Lo primero que le llamó la atención fue que el cuerpo de Jim estuviese tan bien conservado, tan intacto, justo como si acabaran de despacharlo para el otro mundo.

Esto ocurrió en el primer minuto. En el minuto siguiente, Prince se dio que seguramente su compañero había sido embalsamado.

Luego miró a la gente que estaba en torno al ataúd.

La muchacha vestida de negro que se hallaba más cerca, le impresionó profundamente. Era una joven de cabellos claros, mirada serena, tez limpia y cuerpo, por lo poco que podía apreciarse, como para ponerse a dar saltos hasta el techo.

De pronto, Prince se dio cuenta de que todos los rostros se habían vuelto hacia él.

Todos le estaban mirando en silencio, incluso la chica, y aquellas miradas atravesaban la penumbra, mientras parecían temblar con la luz indecisa de los cirios.

«Ni que yo hubiese venido de otro planeta… —pensó Prince—. Bueno, he llegado justo a tiempo y no puedo perder un minuto».

E iba ya a avanzar hacia la caja, dispuesto a dar una explicación, cuando cuatro hombres vestidos de negro entraron en el zaguán de la elegante casa y se aproximaron al ataúd.

Sus movimientos eran rápidos y seguros. Prince comprendió que se trataba de los sepultureros cuando vio que, sin una sola vacilación, cerraban la fúnebre caja.

—Un momento —dijo.

Todos los rostros se volvieron hacia él.

La muchacha que antes le había llamado la atención —y que debía ser Anna— le miraba con extrañeza.

—No pueden enterrar a este hombre —dijo Prince.

Un hombre vestido con chaquetilla, ya de mediana edad, y que supuso debía ser el general Robles, se acercó a él.

—¿Qué dice? —preguntó—. ¿Quién es usted? ¿Cómo se atreve a turbar de ese modo la paz de los muertos?

—Soy el más cercano pariente del hombre al que ustedes iban a dar sepultura.

—¿El más cercano pariente de Jim?

—Así es.

—El nunca nos había hablado de que tuviera familia.

Prince extrajo los documentos falsos.

—Aquí traigo unos papeles que acreditan mi identidad y justifican mi parentesco.

El general Robles hizo un suave gesto con la derecha.

—No es necesario. Doy por descontado que, en estas cosas, un hombre no se atrevería a mentir. ¿Y qué es lo que quiere usted, señor…?

—Me llamo Prince.

—Bien. ¿Qué es lo que desea, señor Prince?

—Llevarme el cadáver.

—No sabe usted lo que dice —expuso el general—. Nosotros hemos hecho embalsamar el cadáver con el mayor cuidado, puesto que Jim iba a ser un miembro de nuestra familia. —Prince se dio cuenta de que ni el menor rencor palpitaba en la voz de Robles—. Pero es un absurdo intentar trasladarlo hasta más allá de la frontera, en una carreta, por caminos que no existen. Usted no puede convertir esto en un espectáculo lastimoso, señor Prince. Incluso sería una falta de respeto al muerto.

—Es que él siempre deseó ser enterrado en Estados Unidos.

—No veo que esta tierra tenga nada de malo, señor. El la había elegido para vivir. Bien puede descansar en ella.

Prince se mordió el labio inferior.

Dentro de su sencilla honradez, aquel hombre iba a plantearle más dificultades de las que él esperaba.

La muchacha también le miraba intensamente, pero ella no decía nada. Solamente sus labios estaban crispados.

Prince intentó sonreír.

—Al menos, deje que me lleve sus efectos personales. Es como recuerdo, ¿sabe? Supongo que le parecerá justo.

—Lo es.

Prince suspiró con alivio.

Vaya, al fin y al cabo, la cosa no era tan mala. Iba a resultar todo más fácil de lo que creyó.

El general le hizo una seña para que pasase a una estancia contigua, entre las sillas de los que, en silencio, habían estado velando el cadáver.

Mientras tanto, los sepultureros procedían ya a asegurar la tapa y a cargar el ataúd, pero eso no tenía ya la menor importancia para Prince. Lo que a él le interesaba, el sobre con el proyecto del ataque sudista, iba a conseguirlo enseguida.

Penetró en un despacho, donde había un armario que el general abrió. Extrajo dos cintos-canana con sus correspondientes revólveres, un reloj de oro, una cartera con unos pocos documentos, dos respetables fajos de billetes y una bolsa donde, sin duda, había monedas de oro.

Todo lo depositó sobre la mesa y todo se lo ofreció a Prince con un suave gesto.

—Aquí lo tiene.

Los ágiles ojos de Prince ya habían recorrido el panorama y ya se habían dado cuenta de que por allí no se veía ni rastro de un sobre.

—¿Esto es todo?

—Todo.

—Yo creí que él llevaría… documentos.

—Los tiene en esta cartera.

—Yo más bien me refiero a… cartas. Bueno, supongo que él tendría algún sobre.

—Lo ignoro.

Prince estuvo a punto de lanzar una maldición.

—Tome, puede llevárselo —dijo el general.

—El dinero, no.

—¿No?

—Me resisto a creer que esos fajos de billetes fueran pertenencias personales de Jim.

—El dinero era suyo.

—No lo comprendo. Nunca tuvo tanto.

—Era su dote. Yo se la entregué poco antes de que lo mataran.

—Pero no se ha celebrado la boda… Por tanto, no hay motivo para retener esa dote.

—Yo le di el dinero y no pienso recuperarlo —dijo simplemente Robles—. Era de Jim, y si usted asegura ser su más próximo pariente, se lo entregaré. Vamos, cójalo.

Prince estaba verdaderamente confundido.

Cabía la posibilidad de que Jim hubiese cosido el sobre en el forro de sus ropas y los embalsamadores no se hubieran dado cuenta de ello. En ese caso, el cadáver iba a ser enterrado con su secreto.

—Estoy pensando una cosa —dijo el joven.

—¿Qué?

—En realidad, todo esto me interesa poco. Ya ve usted que soy sincero y que no hago trampas, puesto que aquí hay una respetable cantidad de dólares, que despertarían la codicia de cualquiera. Pero lo que verdaderamente quiero que me sea entregado es el cadáver de Jim. Deseo tenerlo cerca de mí, en nuestra tierra natal. Todas estas otras cosas, dinero incluido, pueden quedárselo.

Robles sonrió tristemente.

—Es usted un hombre como debe ser, señor Prince.

—Yo… —dijo él, un poco avergonzado—, procuro serlo.

—Desgraciadamente, subsisten las razones que le he dado antes. Resulta imposible transportar un cadáver con este calor y por los caminos accidentadísimos del norte de la región. Además, ya es tarde.

—¿Por qué?

—Estarán arrojando ya paladas de tierra sobre el ataúd.

—Pero… ¡Si se lo han llevado hace unos minutos!

—El cementerio está muy cerca de nuestra pequeña ciudad, señor Prince, y la fosa ya la habíamos abierto. Eso quiere decir que la ceremonia, prácticamente, habrá terminado ya.

Otra vez Prince se mordió el labio inferior.

Su misión estaba presentando, de repente, dificultades insospechadas, pero él sabría resolverlas. Todo consistiría en desenterrar el cadáver aquella misma noche y registrarle las ropas hasta hallar lo que buscaba. El trabajo era fastidioso, pero no tenía nada de especial. Después de haber metido a tantos hombres en sus tumbas, pensó Prince, no estaría de más que, como compensación,

sacase a alguno de ella.

—Veo que no tengo más remedio que renunciar —dijo—. De acuerdo, me lo llevaré todo, menos el dinero.

—Es usted quien tiene la palabra.

—¿Puede indicarme un sitio donde alojarme? No puedo partir esta misma noche.

—Su pariente Jim estuvo unos días en una fonda situada muy cerca de aquí, pero que reunía muy malas condiciones. Por eso, últimamente, le pedimos que se hospedara en nuestra casa. Igual ruego le hago a usted, señor. Puede quedarse aquí el tiempo que le plazca.

—No sé si debo…

—Lo que no debe usted es rechazar mi hospitalidad. Me sentiría ofendido.

—De acuerdo… Se lo agradezco mucho, pero he de rogarle algo más. Necesito que la habitación que me asignen tenga una ventana sobre la calle. No puedo dormir, si no es respirando aire puro.

Robles sonrió.

—Tendrá usted una de nuestras mejores habitaciones, descuide. Yo mismo le conduciré a ella.

Salieron, y a través de la casa, que ahora estaba vacía, le condujo al primer piso, a una habitación muy bien amueblada, con muebles solemnes y oscuros. Una sola ojeada le bastó a Prince para darse cuenta de que la ventana daba sobre una calle oscura y tranquila, y que no quedaba muy alta. Miró al general con una expresión de alivio.

—En la habitación contigua hay una bañera —explicó éste—. Haré que un criado le atienda para que usted pueda tomar un buen baño caliente. Y si luego quiere comer algo…

—Gracias, pero ya he comido antes de llegar aquí. Me acostaré sin causarles más molestias.

Robles asintió cortésmente, y fue a retirarse.

Cuando ya había girado el pomo de la puerta, Prince le detuvo:

—General…

—¿Qué?

—He sabido que a Jim lo «tranquilizaron» con un balazo. ¿Quién fue?

—Un hombre llamado Fuentes.

—¿Y no lo han detenido?

—Fue un duelo legal. Bueno, usted no lo vio, pero yo puedo garantizárselo. La razón de la discordia estuvo en la boda de Jim con mi hija. Las cosas llegaron demasiado lejos, y Fuentes ganó. Nada pudimos hacer contra él, por la razón que le digo: el duelo había sido legal, y cara a cara. Espero, señor Prince, que uno de los motivos que le han traído aquí no sea buscar revancha.

—Le agradezco sus palabras. Puede estar tranquilo.

El general Robles desapareció.

Prince paseó unos minutos por la habitación, pensativamente, reafirmándose cada vez más en la idea de que Jim debía haber ocultado el sobre entre sus ropas, haciéndolo con tal habilidad que nadie lo había encontrado aún. Pero él tenía que encontrarlo, y a más tardar aquella misma noche. Era imprescindible que regresara a los Estados Unidos antes del amanecer.

Un silencioso criado se presentó poco después y le dijo que el baño estaba preparado. Prince pasó a la pieza contigua, muy limpia y bien embaldosada, en donde había una gran bañera de cobre. Después de bañarse y afeitarse, se sintió mejor.

Preguntó al sirviente si alguien se había preocupado de su caballo.

—Está en la cuadra, señor, a la derecha de la casa. ¿Quiere verlo?

—No es necesario.

Pero Prince sabía ya dónde tenía que buscarlo, cuando todo concluyese.

En su habitación, Prince tenía las ropas ya cepilladas. Le habían traído una camisa nueva y limpia, que encajaba perfectamente con sus medidas. La hospitalidad de Robles alcanzaba a los menores detalles.

Después de vestirse, Prince se tendió en la cama para dormir un par de horas.

Necesitaba descansar.

Cuando despertó, se sentía ya muchísimo mejor. Vio que la luna estaba bastante alta sobre los tejados de las casas. Consultó el reloj de Jim, pero estaba parado. El no llevaba, aunque de todos modos calculó que debían ser las dos de la madrugada.

Había dormido bastante más de lo que calculó, pero de todos

modos era una excelente hora.

Se remojó la cara un poco, comprobó la carga de su revólver, aunque no pensaba emplearlo, y abrió la ventana.

El salto no resultó difícil.

Con el silencio de un puma, consiguió llegar a la calle. Todo estaba silencioso y tranquilo en torno suyo. Intentó recordar dónde había visto el cementerio, cuando desde lo alto de la pequeña colina divisó una panorámica de toda la pequeña población.

Hacia el sur.

Empezó a caminar, pegado a las fachadas, y pronto salió a campo abierto. La tapia blanca del cementerio era visible a poca distancia. Las cruces negras se confundían con las sombras de la noche.

Prince avanzó hacia allí. No llevaba espuelas, y sus pasos continuaban siendo silenciosos como los de un puma.

Llegó al cementerio, y, para no entretenerse en forzar la puerta, saltó tranquilamente la tapia.

No había demasiadas tumbas allí, y por eso le resultó muy fácil dar con la que buscaba. Tenía una lápida de piedra gris, y en ella estaba grabado el nombre.

Prince miró en torno suyo.

Nadie. La soledad era total.

Sabiendo que ya se aproximaba al final de su empresa, empezó a trabajar activamente. Tuvo que emplear como palanqueta el pie de una cruz de metal para poder alzar la lápida. Luego buscó una pala en una pequeña caseta donde se guardaban herramientas. La encontró, y sacó la tierra velozmente. Por fin, apareció la caja.

El trabajo era desagradable, y quizá por eso mismo lo hacía Prince más rápidamente aún.

Descerrajó la caja.

El cuerpo de Jim apareció ante sus ojos con una sorprendente naturalidad. No tenía nada de espectral ni de macabro. Prince se dijo que los embalsamadores habían realizado con él una obra maestra.

—Lo siento, chico —musitó, al ponerle las manos encima.

Puesto que Prince era muy hábil registrando personas, ni tardó ni diez segundos en convencerse de que allí no había nada.

Parpadeó, confuso.

¿Dónde diablos estaba «aquello»?

Palpó incluso, no sabiendo ya qué hacer, el almohadillado del ataúd. Pero, naturalmente, tampoco había nada.

Cada vez, Prince se sentía más confuso.

Alzó la cabeza, para restañarse un poco el sudor de su frente, y entonces vio a la mujer.

Y vio también el revólver con que ella le estaba apuntando.

Cosa extraña, Prince se fijó más en la chica que en el revólver que de un momento a otro podía volarle la cabeza.

Era la misma a la que había visto cerca del ataúd, durante el velatorio. La misma que entonces llevaba ropas de luto.

La voz de la mujer sonó entonces por primera vez. Era una voz agradable, pero en cada una de cuyas inflexiones palpitaba como un leve chirrido de rencor:

—Lo que buscas lo tengo yo.

—¿Cómo sabes qué es lo que busco?

—Lo que Jim robó a mi padre.

Prince parpadeó, saliendo de la fosa. Por lo visto, la chica sabía todo lo que hay que saber. No valía la pena empezar a disimular con ella, ni tenía necesidad de hacerse el buen chico.

Fue a acercarse, pero ella le detuvo con un suave movimiento de revólver. Hubo tanto desprecio en aquel gesto sin palabras, que Prince comprendió que ella no le consideraba ni siquiera como un ser humano, sino poco más que como a un insecto. Dispararía sin vacilar, sin arrepentirse, igual que el que extermina a una alimaña.

—¿Cómo has sabido que vendría aquí? —preguntó.

—Te vigilaba. Sabía que lo harías.

—¿Y cómo es posible que tú tengas el sobre que busco?

—Se lo quité a Jim.

—¿Por qué?

—Los embalsamadores lo hubiesen encontrado, devolviéndoselo a mi padre. Entonces, él sabría que fue Jim quien abrió la caja fuerte y quien se lo robó. Como ya no podía hacer nada más por él, quise que Jim fuese enterrado, al menos, con las consideraciones debidas a un hombre honrado. Nadie sospechó nada.

—Se ve que le querías mucho, Anna.

—Le quise hasta el momento de su fuga. Luego le odié con toda mi alma.

Prince intentó sonreír, adoptando una actitud natural.

—Bueno, ¿para qué disimular? Ya sabes a qué he venido. Quizá Jim te dijo que pertenecía al servicio secreto del ejército del Norte. En nuestro país hay una desdichada guerra que exige de nosotros todas las audacias, todas las astucias y todos los sacrificios.

—Y todas las cochinadas.

—Mentir es a veces una forma del sacrificio. Jim debió lamentarlo mucho, de verdad.

—Más lo lamenté yo.

—Lo que se jugaba en esa misión era muy importante. Nada menos que la vida de miles de hombres. Jim no podía pensar en él, tenía que pensar sólo en su trabajo.

—Ya lo hizo.

—Nadie debe guardarle rencor por una cosa así…

—Cierto. Aquello terminó.

Pero la muchacha no soltaba el revólver ni dejaba de mirarle con aquella lejana, indefinible expresión de odio.

—Yo soy uno de sus compañeros —dijo Prince—. No puede decirse que Jim y yo fuésemos grandes amigos, no… —mientras hablaba, iba acercándose poco a poco a la chica—. Habíamos trabajado juntos en algunas misiones, y eso une mucho. Por otra parte, Jim era un muchacho cumplidor, y que siempre estaba dispuesto a sacrificarse, en bien del servicio. En fin… Ahora ya lo sabes todo.

—Sí.

—Creo que lo más conveniente sería que me dieras ese sobre. A ti no te sirve de nada.

—No.

—Más bien es un recuerdo amargo…

—¿Cuándo dejarás de hablarme como si pensaras que yo soy una niña?

Prince trató de reír, pero su risa sonó a hueco. Y en verdad lo era. Tenía tantas ganas de lanzar una carcajada como de morirse.

—Tú, algún día, visitarás los Estados Unidos. Es posible que tu padre, que tiene el grado de general del ejército mejicano, ocupe allí algún cargo diplomático.

—Desde luego.

—Entonces, os hará falta contar con la gratitud y la ayuda del

gobierno federal. Siempre se reconocerá que nos habéis ayudado de un modo decisivo a ganar la guerra.

—Yo sólo tengo que contestarte una cosa, Prince.

—¿Qué?

—Me das asco.

El joven recibió el insulto en plena cara, como un salivazo, pero no se inmutó.

—Reflexiona, Anna.

—He reflexionado.

Prince comprendió que no conseguiría nada, por las buenas. Pensando en eso, ya se había ido acercando hacia la muchacha. De pronto, le pareció que había llegado el momento. Ella estaba distraída.

Fue a abatanarse sobre Anna, para arrebatarle el «Colt» y cambiar la situación.

Pero la joven no estaba distraída. Simplemente lo parecía, y lo demostró bien pronto.

La mano derecha se movió con fulminante rapidez. Prince recibió un formidable golpe en la frente, aplicado con todo el revólver. Como para saltar se había colocado en un difícil equilibrio, y como además no esperaba aquello, cayó hacia atrás.

No llegó a tocar el suelo, pero quedó medio inclinado y con la sensación de que le habían partido la cabeza en diez pedazos.

Fue a saltar de nuevo, para esquivar el disparo que juzgaba inevitable, pero en ese momento una voz dijo muy cerca de allí:

—Más valdrá que no lo haga, amigo.

Era la voz de un hombre. Prince volvió la cabeza.

No un hombre, sino tres, se acercaban al borde de la fosa. Iban vestidos con limpias ropas mejicanas.

Anna Robles no pareció sorprenderse al verlos, señal evidente de que sabía que estaban allí, guardándole las espaldas.

Prince parpadeó.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó a la muchacha.

—Sólo que te marches de la ciudad, Prince.

—No lo haré.

—Es un consejo.

—Si quieres que lo siga, no tienes más que entregarme lo que tú sabes. No volverás a verme.

—Eso que tú me pides está manchado con algo peor que la sangre: con las lágrimas de una mujer que ya no volverá a tener fe en la vida. Además, la guerra que vosotros sostenéis no es asunto mío. No quiero ayudar a uno y perjudicar a otro. Imagina que Jim fracasó en su misión, y no vuelvas a pensar en ello.

—Lo que tú me pides es imposible.

—También lo es lo que me pides tú a mí. No quiero volver a ver jamás a un maldito «gringo». ¡Márchate de aquí enseguida, antes de que ordene a mis hombres que te hagan trizas! ¡Márchate!

—Me parece que tus hombres van a tener que actuar.

—Es la última advertencia.

Prince sonrió.

—Cuando queráis, amigos…

De sobras sabía que no iba a poder emplear el revólver. Lo que hiciese, tenía que hacerlo con los puños.

Se colocó a un borde de la fosa, y los tres hombres avanzaron hacia él, con los puños preparados.

El que ataca primero lleva ventaja, pensó Prince. Por eso descargó la izquierda sobre el rostro del enemigo que estaba en el centro, y luego dobló con la derecha. Los dos impactos hicieron tambalearse al mejicano, que lanzó un gemido y cayó al fondo de la fosa.

Prince intentó ahora atacar al segundo, pero éste no se había estado quieto. De pronto, el joven sintió como si una catapulta se clavara en su estómago. Se inclinó, y de repente se movió el tercer enemigo. Dos ganchos seguidos a su mandíbula hicieron que Prince se levantara materialmente de los aires y fuese a caer sentado casi dos yardas más allá.

Intentó restañarse la sangre que manaba ya de sus labios, pero sus dos enemigos no le dejaron.

Un doble puntapié en plena cara dejó a Prince inconsciente, al borde de la fosa.

Mientras tanto, su tercer enemigo ya se había incorporado. La función, al parecer, no había hecho más que empezar.

La voz de la muchacha pareció llegar desde muy lejos.

—Ya ves que esto no es una broma. Puedes reflexionar aún y marchar a tu país.

—Los que van a pasar la frontera van a ser estos tres… —

masculló Prince.

Antes de que le atacaran, atacó. Uno de los mejicanos iba a darle un nuevo puntapié. El le sujetó el tobillo, se lo retorció y, con un hábil impulso, hizo saltar al individuo por encima de su cabeza.

Entre un sordo mugido, el otro se estrelló contra la pila de tierra.

Pero Prince apenas había logrado ponerse en pie. Vio que un segundo enemigo venía hacia él.

Lo recibió con un cabezazo al estómago, lo levantó como en la embestida de un toro, y lo arrojó pesadamente a tierra.

Por el momento, sólo quedaba uno en pie. Era, para Prince, el momento más favorable de toda la pelea.

Detuvo fácilmente el golpe que venía dirigido a su mandíbula, y lanzó su derecha. El impacto hizo tambalearse al mejicano. Un gancho de izquierda lo envió hacia atrás, con la mandíbula rota.

Los otros dos hombres se lanzaban ya sobre él. Logró volverse y clavar un izquierdazo a la ceja del más cercano, abriéndola. Pero a su vez recibió dos golpes que le dejaron aturdido.

Durante algunos segundos, vaciló.

Sus dos enemigos se movieron a la vez y lo hicieron sincronizadamente. En menos de cuatro segundos, Prince recibió cuatro ganchos, todos al mismo sitio, al centro de la mandíbula. Tuvo la sensación de que se la partían en cien pedazos. El dolor subió hasta su cráneo como una ola gigantesca, que lo arrasaba todo.

Los tres enemigos ya estaban otra vez en fila. Ya estaban otra vez dispuestos al ataque, como si no hubiera ocurrido nada.

Prince saltó hacia atrás y esquivó la embestida de toro del primero de ellos. Al segundo lo envió hacia atrás de un terrorífico directo en mitad de la cara. Vio que el tercero le atacaba con la guardia alta, y pensó que era un buen momento para clavarle un cabezazo en el estómago y enviarle de nuevo a la fosa.

Sí, eso era lo que Prince creía.

El rodillazo llegó a su cara antes de que él pudiera tocar el estómago de su adversario. El terrible dolor hizo que el capitán se tambaleara. Sus ojos empezaron a lagrimear.

Una nube de sangre cubrió por enteró los ojos de Prince. De repente, se encontró ciego. El sabía por experiencia lo que aquello

significaba en una pelea de tal clase.

Pero aún quería luchar. Aún quiso demostrar a Anna que él era el más fuerte.

Sus puños encontraron, sólo por intuición, el rostro de uno de sus enemigos. Prince golpeó con tan terrible fuerza y oyó tal chasquido de huesos, que se dio cuenta de que al menos aquel adversario no volvería a levantarse en media hora. Pero quedaban dos, a los que no podía ver, y ésos se movieron con fulminante rapidez.

Otros golpes a las brechas de las cejas, hicieron que el manantial de sangre aumentara. Completamente cegado, Prince se tambaleó y fue a apoyarse de espaldas en uno de los árboles del cementerio.

Era justo lo que sus adversarios esperaban; tenerlo quieto y apoyado en algo, para que no cayera demasiado pronto.

Los golpes empezaron, ya sin resistencia por parte de Prince. Éste movía los puños, sin intentar cubrirse, y cazaba de vez en cuando los rostros de sus enemigos, pero éstos no cesaban. Se daban cuenta de que estaba próximo el fin. Pronto, el dolor fue insoportable para Prince, pronto, le falló la respiración, y entonces no tuvo más remedio que cubrirse. Los golpes a los flancos, a las costillas, le dejaron convertido en un verdadero guiñapo.

La cara le sangraba de tal modo, que varias líneas rojas surgían de los puños con los que intentaba cubrirse.

Ya no oía nada. Ya sólo escuchaba el espantoso pitido interior, aquel sonido alucinante de su cráneo, que parecía ir a estallar.

Pero no caía. En parte, no quería caer por vergüenza, y en parte porque, cuando lo tuvieran en el suelo, empezarían a machacarlo con los pies. Eso sería aún más terrible.

Anna, que miraba aquello con ojos impasibles, con facciones hieráticas, sintió de pronto como si algo empezara a romperse en su interior.

No quería que delante suyo mataran a un hombre a golpes. Aquello le parecía innoble y brutal. Era un auténtico suplicio.

De pronto, gimió:

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!…

Los dos hombres cesaron en sus golpes. El tercero no se había recuperado aún.

Miraron con sorpresa a Anna.

—Ahora está maduro, señorita.

—Nos dijo que lo «arregláramos» bien, si se ponía tonto. Y tonto se ha puesto un rato.

—Si siguieseis así, lo mataríais. Ya es bastante.

—Como quiera.

Prince se daba cuenta lejanamente de la situación.

De pronto, sus ojos se nublaron y cayó pesadamente a tierra, sin exhalar un gemido.

Despertó, no supo cuánto tiempo después, en el mismo cementerio donde perdió el sentido.

Tenía un terrible sabor en la boca, y además una espantosa sed. Se dio cuenta de que debía haber estado tragando su propia sangre.

Aún era de noche, pero por encima de la tapia se insinuaban, muy débilmente, las primeras claridades del alba.

Cuando pudo recuperarse un poco, vio que, en efecto, seguía en el mismo lugar. La fosa había sido rellenada de nuevo y la lápida colocada cuidadosamente. Ninguna huella quedaba de lo sucedido allí, excepto su propio cuerpo hecho polvo.

Apenas podía moverse. Le dolía todo.

Se puso en pie, tambaleándose, y respiró afanosamente durante algunos minutos, apoyado en el árbol.

Comprendía que tenía que alejarse de allí.

Si empezaba a amanecer, ya no podría regresar al poblado, porque los primeros campesinos le verían cubierto de sangre.

Poco a poco, se recuperó y empezó a alejarse. Saltar la tapia le costó un ímprobo esfuerzo. Llegar al poblado, también. Le parecía que ahora estaba diez o doce millas más lejos.

Pero debía acercarse de nuevo a Anna, porque ella, sólo ella, tenía lo que él iba buscando.

Pensó que lo que no podría hacer sería trepar hasta la ventana de su habitación, porque le faltarían las fuerzas. Pero, curiosamente, encontró solo entornada la puerta trasera de la casa.

En su, habitación había ropa nueva y limpia. También había una gran jofaina con agua y dos toallas para que pudiera lavarse.

—No puedo negar que esa chica es hospitalaria —gruñó el joven para sí—. Me matará, pero lo hará con gracia.

Y cayó sobre el lecho pesadamente, como un tronco.

Capítulo VI

A la mañana siguiente, cuando ya el sol estaba bastante alto, pudo ponerse en pie. Vio en el espejo que las huellas de la pelea eran notables, pero notó también que le habían dejado pomadas para que pudiera curarse, al lado del agua. Evidentemente, Anna pensaba en todo, y sin duda estaba decidida a que su padre no se enterara de la verdad.

Una vez aseado, Prince notó que su aspecto no era tan repelente como él temió al principio. Se notaban los golpes, pero con un poco de suerte, podía atribuirlo todo a una caída por la escalera.

Las ropas nuevas le sentaban muy bien. Las viejas, manchadas de sangre, las dejó en un lugar discreto. Supuso que Anna ya las haría recoger por alguna persona de confianza.

Descendió a la planta baja. Allí vio una puerta abierta que daba a un solemne comedor. Todo era luminoso, claro y radiante. Tan luminoso, claro y radiante como la expresión de Anna, quien, sentada en una de las butacas, leía un periódico que acababa de llegar de California.

Ella alzó los ojos.

Ninguna expresión alteró su semblante. Pareció como si no le hubiese visto desde que velaba el cadáver de Jim.

—¿Ha descansado usted bien? —preguntó.

—Estupendamente. ¿Y usted?

—He dormido toda la noche de un tirón —Alina sonrió—. Sin despertarme para nada.

—Pero a lo mejor ha soñado usted en cementerios y en muertos.

—¿Cementerios? No sé lo que es eso.

Hizo sonar una campanilla de oro que tenía al alcance de su mano, y una silenciosa y discreta sirvienta trajo una bandeja donde

había pastas recién hechas, mermelada, mantequilla y donde humeaba el café.

—Su desayuno —dijo Anna—. Es un poco tarde, pero espero que le guste. Antes de emprender un largo viaje, hay que reponer energías.

—¿Qué viaje?

—Me dijeron que usted se marchaba hoy. Que se iba a los Estados Unidos, ese país que ama tanto.

—Aún no me voy.

Se arqueó ligerísimamente una de las cejas de la muchacha.

—¿No?

—Tengo algunas pequeñas cosas que resolver aquí.

—Quizá la recepción que le hicimos no le gustó. Tal vez piense repetirla pronto.

—Eso queda a la elección de usted.

—Le di una última oportunidad —susurró Anna.

—Ya me di cuenta.

—También debió darse cuenta de que anoche pudo vivir las últimas horas de su vida.

—Por supuesto.

—¿Y piensa seguir aquí?

—Mientras tenga trabajo, sí.

Ella apretó los labios.

—Señor Prince, no sé si se habrá dado cuenta de que no he querido matarle. Me molesta la sangre.

—Eso se nota.

Anna pasó por alto la indirecta.

—Sin embargo, tengo derecho a defender mi propia tranquilidad. Hubo un capítulo de mi vida, un capítulo doloroso y negro, que yo cerré para siempre. No quiero que nadie me obligue a volver a abrirlo.

—Yo le obligaría a cerrarlo, si usted quisiera.

—Supongo que anoche me entendió bien. Y supongo que oyó bien lo que dije: Que me daba asco.

—Será coincidencia. Usted a mí me da todo lo contrario.

—Usted es un aventurero, y los aventureros saben ver las oportunidades, Prince. Quizá ésa sea su única virtud. Por eso le aconsejo que no deje perder su ocasión.

—Seguiré aquí hasta que todo se resuelva —dijo él tranquilamente—. Si su padre me echa de esta casa, continuaré en el pueblo.

Ahora los labios de Anna estaban tan prietos, que formaban en su rostro como una línea dura, implacable, de acero.

—No volveré a darte otra oportunidad —escupió, volviendo a tutearle—. Odio a los hombres como tú.

Y se levantó repentinamente, saliendo del comedor sin dirigirle una sola mirada.

CAPÍTULO VII

No sólo el odio de Anna significaba un peligro mortal para Prince. No sólo era ella el enemigo terrible que el agente tenía en la pequeña ciudad.

Alguien más acechaba.

Cinco hombres habían llegado a la población casi al mismo tiempo que el capitán. Pero ninguno de ellos había entrado en las calles, pensando que era mejor dejar actuar al nordista.

No cabía duda de que éste tenía una pista para recuperar el proyecto del Estado Mayor. En tal caso, bastaría dejarle que se apoderase de él y luego coserlo a balazos antes de que traspusiera la frontera. Eran cinco contra uno, y todos, excelentes tiradores. Las posibilidades de fallar se les aparecían como bastante remotas.

Los cinco habían acampado en una pequeña cueva situada en la falda de una colina, y desde la cual, se dominaba toda la población. Cualquier movimiento que se produjese en ella no pasaba inadvertido para los sudistas, quienes tenían continuamente a un hombre de guardia con un catalejo.

Así habían visto, gracias a la luz de la luna, cómo Prince se dirigía al cementerio.

Habían visto también a una mujer seguir el mismo camino, acompañada de tres hombres.

No llegaron a captar las escenas de la pelea, pero sí se dieron cuenta de que luego Prince regresaba solo, tambaleándose como un borracho.

No cabía duda de que se le habían presentado dificultades al nordista. Sobre todo, al comprobar que él no había salido aún de la población, al contrario de lo que hubiese hecho, caso de tener en su poder los documentos que buscaba con tanto interés.

Por eso los cinco hombres decidieron esperar.

Lo que hiciese Prince les daría la pista. No tenían más que seguirle y atacar en el momento oportuno.

Las órdenes que habían recibido en este sentido eran muy precisas: el nordista Prince tenía que morir, fuese como fuese, después de arrebatarle los documentos. Podía darse la posibilidad de que los hubiera leído, y aún diese información a los enemigos.

Por eso lo que pesaba sobre Prince, aunque él no lo sospechara, era una condena a muerte.

CAPÍTULO VIII

Un nuevo enemigo esperaba su oportunidad, sin que Prince lo sospechara. Éste, sin embargo, era muy distinto de los anteriores.

Fuentes había esperado, en su hacienda cercana a la población, que vinieran a detenerle, después de la muerte de Jim. Pensaba defenderse cuando fuera juzgado, alegando desafío legal, pero no se resistiría a la detención preventiva, y si algún castigo llegaba a recaer sobre él, lo aceptaría gustoso. Era suficiente premio saber que aquel perro «gringo» ya no se llevaría a Anna ni se burlaría de ella.

Pero nadie vino. El juez comarcal entendió que no se había producido allí delito alguno, y, además, Fuentes era demasiado poderoso para buscarle las cosquillas, sin un motivo muy grave. De modo que el entierro tuvo lugar. Fuentes envió una corona de flores con una afectuosa dedicatoria: «Ya te casarás en el otro mundo, amigo. Dicen que allí son más guapas, y se quedó tan tranquilo».

Fue a la mañana siguiente cuando se enteró de que había llegado otro «gringo», y de que éste se llamaba Prince.

—Tiene la misma pinta del otro —dijo el peón que le informaba—, aunque es algo más alto y más fuerte. Pero con igual aspecto de aventurero y los mismos ojos. En cuanto a llevar el revólver, parece que les haya enseñado el mismo maestro. Yo creo que es su hermano o algo así, patrón.

—¿También se ha fijado en Anita?

—No lo sé, pero desde luego se fijará. El general lo ha alojado en su propia casa.

Fuentes apretó los puños.

Era la peor noticia que podían darle. Era abrir de nuevo una historia negra cuando, después de la muerte de Jim, él creía haber

doblado ya la última página.

CAPÍTULO IX

Cuando Prince terminaba de desayunar, el general Robles entró en la habitación. Enseguida el joven se puso en pie, saludándole cortésmente:

—Buenos días, general.

—Se ha levantado usted tarde, amigo mío. Comprendo que debía estar muy cansado del viaje.

—Lo estaba, general.

—¿Ha dormido bien?

—¡Uf! Una delicia. Y, sobre todo, no me ha molestado nadie.

—Lo celebro, pero… Ahora que me doy cuenta… ¿Qué es lo que tiene usted en la cara?

Prince se tocó las cicatrices precipitadamente.

—¿Esto? Ah, sí… Pues, pues… Resulta que me caí por las escaleras. Fue cómico, créame. Por poco me rompo la crisma.

—Debió haberme avisado. Por lo que veo, recibió unos buenos golpes. El médico de la población le hubiese atendido.

—No hacía falta molestar a nadie.

—Oiga, señor Prince, ¿va usted a reemprender el viaje enseguida? ¿Por qué no se queda entre nosotros un par de días más? Me parece muy fatigoso lo que piensa hacer.

Prince no estaba esperando otra cosa. Rió suavemente.

—Temo molestarle.

—¡Oh, no piense eso!

—En tal caso, se lo agradezco mucho.

—La ciudad es encantadora. Podría permanecer aquí un par de días más —añadió Robles.

—Me da una alegría, general.

—Disponga de esta casa. Y le aconsejo que dé un paseo a caballo

por las cercanías. Hace una mañana magnífica.

Prince dominó a duras penas una sonrisa. Era aquello lo que él había estado deseando. La hospitalidad y la hidalguía del general venían de perilla para sus propósitos.

—Enseguida iré a la cuadra y sacaré mi corcel. El también debe estar impaciente por moverse un poco.

El general, que ya iba a irse, volvió la cabeza.

—Oiga, ahora que recuerdo.

—Diga, señor.

—Tres de mis criados también debieron caerse por las escaleras. Tienen unas caras que ni que las hubieran calcado de la suya.

—Casualidades que pasan, señor. Quizá me vieron caer tan lindamente, y les dio gusto hacer lo mismo.

—¡Humm!

—Será estupendo dar ese paseo, general.

Robles lanzó otro gruñido, empezando a vislumbrar que allí había existido un reparto de puñetazos a granel —aunque todavía no adivinaba por qué— y salió de la pieza.

Prince no tardó ni cinco minutos en ir a la cuadra.

Deseaba conocer bien las cercanías, y, si podía averiguar algo, tanto mejor.

Cuando estaba ensillando su caballo, oyó una voz que partía desde la cálida penumbra:

—He oído tu conversación con mi padre.

—Vaya… Siempre he dicho que las mujeres oyen lo que les interesa a ellas y no lo que nos interesa a nosotros.

—Eres un miserable.

—Sólo pretendo terminar el trabajo que mi compañero no pudo hacer «por razones de salud».

—Nunca te daré eso. No quiero ser la causante de que haya derramamiento de sangre.

—Al contrario… —de pronto, la voz de Prince se hizo sincera, cálida y humana—. Quizá sea sangre lo que podamos ahorrar. Si lo que tú tienes cae en poder de nuestro Cuartel General, los sudistas no iniciarán una ofensiva que de todos modos tienen perdida. Ahorraremos miles de vidas humanas.

—No me vas a convencer con eso.

Prince susurró:

—Anna, lo tuyo es un problema puramente personal. Comprendo lo ocurrido, y te juro que lo lamento.

—A ti eso no te importa nada.

—Por favor, créeme.

—Hubieras hecho lo mismo.

—Ante una mujer como tú, no sé si hubiera tenido fuerzas para dejarte.

Su voz había sonado cálida, espesa, en la penumbra del recinto, sin que él mismo se diera cuenta.

Algo vibraba en aquella voz, que era sincera, y donde un trémolo de pasión parecía estar palpitando.

Ella gritó, casi:

—¡Vete!

—Debes perdonar a Jim. Su alma de aventurero era más simple de lo que parecía a primera vista. El puso a un lado lo que sentía por ti, y al otro lo que le mandaba su deber. Fue su deber lo que venció en último término.

—Jim está perdonado. Le hice un entierro de primera. No tenía derecho a esperar más.

—Fuiste generosa con él. Lo único que ahora te pido es que seas generosa con su recuerdo.

—Lo pides porque tú eres igual… —dijo ella rencorosamente.

—Tal vez.

—Todos vosotros sois lobos de la misma camada.

Prince no contestó.

Veía temblar los labios de la muchacha, notaba palpitar las finas aletas de su nariz, y subir y bajar su prieto y juvenil busto. Todo aquello era para él un espectáculo insólito, fascinante, que le cortaba la respiración.

—Os odio con toda mi alma —susurró ella tensamente.

—Anna, ya sé que no sirve de nada lo que voy a decir, pero eres la muchacha más bonita que he conocido en mi vida.

—¿Sí?

Lo que parecía un inesperado síntoma de coquetería en ella, animó a Prince a decir:

—Ningún hombre puede permanecer indiferente ante ti. Si tengo algún deseo de marchar de esta población es por no verte. Sé que, de seguir mucho tiempo aquí, cometería una locura.

Ella, de repente, movió la mano derecha.

Tenía a su alcance, colgadas de la pared, unas fustas de cuero, y descolgó la más cercana, mientras sus dientes rechinaban de odio.

Todo fue muy inesperado, muy rápido, de tal modo que Prince no acertó a evitarlo.

El trallazo cruzó su cara, dejando en ella una marca sangrienta.

—¡Empleas la misma táctica que Jim! —gritó ella—. ¡La misma táctica repugnante y cobarde!

Fue a golpearle de nuevo, ciega de odio, pero él retuvo sus manos con un leve gesto.

De pronto, vio muy cerca el rostro de la mujer, sus ojos brillantes, sus palpitantes labios.

De pronto, le pareció que en el mundo sólo existía Anna, Anna y su perfume, Anna y su pasión desatada, su corazón herido.

Prince no hubiera querido hacerlo.

Bien sabía él que todo trabajo tiene unos límites, y que un agente secreto debe escucharlo todo antes que su corazón, antes que los deseos secretos de su carne.

Pero no pudo evitarlo.

De repente, se encontró besando aquellos labios, acariciando aquellos cabellos claros de Anna, castigando luego su cintura con sus manos rudas de hombre de la pradera. Se encontró estrechándola contra sí, torturándola, haciéndola suya con un beso donde parecía palpitar un atisbo de locura.

Ella le clavó las uñas en el cuello. Se las clavó con toda su alma, con frenesí hasta hacerle sangre.

No quería ceder. Toda su sangre de mujer se rebelaba contra la caricia y el domino del hombre.

Todos sus músculos rehusaban aquel abrazo que, sin embargo, la conmovía hasta lo más hondo, aquel abrazo en el que las fibras más secretas de su cuerpo se ponían a palpitar, una tras otra.

De pronto, se soltó.

Se avergonzaba de sí misma, se avergonzaba de aquel oscuro deseo que por unos instantes le había impelido a gritar: «¡Más! ¡Más!», desesperadamente, ante el beso apasionado del hombre.

Ella sabía que le había clavado las uñas, no para hacerle daño, sino para defenderse de sí misma.

Como una fiera acorralada, con todos los músculos palpitantes,

le miró desde el fondo oscuro del recinto.

El se restañó, poco a poco, en silencio, la sangre que resbalaba por su rostro.

Una extraña aura de sensualidad, de pasión secreta, los envolvía.

Al fin, fue Prince el que rompió el silencio.

—Lo siento —susurró.

—Si fueses un caballero, no dirías eso. Te marcharías inmediatamente, sin una palabra más.

—Voy a salir a dar una vuelta con mi caballo —dijo él—. ¿Quieres acompañarme?

—¿Para qué?

—Quizá, durante el paseo, podamos llegar a un acuerdo.

—No veo que tú y yo tengamos que ponemos de acuerdo en nada.

—¡Quién sabe!

Ante la sorpresa de Prince, que, cuando menos, ya esperaba otro trallazo, la muchacha susurró:

—Está bien. Vamos.

Anna misma no quería confesárselo, pero necesitaba estar junto a él, necesitaba ya aquella extraña y enervante tortura que para ella significaba la presencia del hombre.

Indicó:

—Ensíllame un caballo. Supongo que es una de las pocas cosas que sabes hacer, aparte insultar a las mujeres.

Prince, en silencio, puso la silla al corcel que ella le indicaba con un gesto. Luego sacaron los animales de la cuadra.

Desde las cuadras se salía, a través de un callejón solitario, al campo abierto. Los dos dejaron que sus caballos siguieran el camino que se les antojase, y los corceles fueron, por instinto, hacia lo alto de la meseta, donde en aquella época del año había buenos pastos.

Para eso tenían que pasar cerca del lugar donde estaban ocultos los cinco sudistas.

Claro que eso Prince no podía ni imaginarlo.

Empezó a comprender que las cosas no marcharían bien cuando un balazo disparado sin piedad a la cabeza de su corcel hizo que éste diera un brinco y cayese fulminado a tierra. Prince, sorprendido, le acompañó en su caída, mientras Anna frenaba su caballo bruscamente.

Cinco hombres habían aparecido en el recodo rocoso, y les apuntaban con sus rifles.

Prince vio la columnita de humo saliendo del cañón del que acababa de disparar.

Era el único de los cinco que llevaba barba.

—¡Abajo!

—Yo ya estoy «abajo» —masculló Prince, mientras se ponía penosamente en pie y se sacudía el polvo de las ropas.

—La chica también.

—Ella no tiene que ver nada con esto. Ni yo sé quién infiernos sois vosotros.

—Un poco más arriba de la frontera, llevaríamos bandera y uniforme —dijo uno de los cinco.

Prince se mordió el labio inferior, comprendiendo.

Nunca hubiera podido imaginar que la cosa se le pusiese tan amarga.

—¿Sois del Sur? —masculló.

—Nos honramos con ello.

—La chica es más del sur aún. Quiero decir que es mejicana. Dejadla en paz: nada tiene que ver con esto.

—Si la dejamos en paz, pedirá auxilio. Sabemos que su padre es el general Robles, y que puede movilizar, aquí, a la población entera. De modo que lo que suceda, sucederá con ella delante. ¡Hala! ¡Abajo!

Anna, orgullosamente, se negó.

Uno de los sudistas bajó su caballo, tranquilamente, de un nuevo disparo.

La muchacha había caído a tierra y, ahora sí, acababa de hacer una generosa exhibición de piernas.

Los cinco hombres estaban atentos a aquella inesperada maravilla que se les ofrecía tan pródigamente.

Prince estuvo tentado de «sacar» y empezar a repartir plomo, pero se dijo enseguida que no podía matar a los cinco hombres. Al menos tres quedarían con vida, y ésos tres tendrían ventaja.

Quizá la muchacha moriría también, en el consiguiente reparto.

Pero ahora Prince pensó que tenía que matar a dos tipos, porque otro, con una cicatriz, acababa de exterminar al segundo caballo. Si la cosa seguía así, no tendría dinero bastante para pagar ataúdes.

El de la barba, que parecía ser el jefe, ordenó:

—Quítate el cinto.

Prince obedeció. No tenía otro remedio. Cuando el revólver cayó a tierra, sintió como si acabaran de enterrar a su mejor amigo.

—Acercaos.

Los dos obedecieron. Anna no demostraba miedo, pero sí su orgullo herido. Evitó incluso mirar a aquellos hombres, con un gesto de supremo desprecio.

Prince vio la cueva.

Vio que dentro de ella había una pequeña fogata, y se dio cuenta de que uno de los hombres ponía entre las llamas la punta de un hierro de marcar reses.

Inmediatamente, comprendió lo que iba a suceder.

Si no hablaban, si no decían dónde estaba lo que Jim consiguió, ambos serían atormentados.

Un sudor lívido empezó a surcar su frente. No tenía miedo por él, sino por la muchacha.

Ambos fueron atados a dos pequeños árboles que había cerca de la entrada de la cueva.

Prince intentó resistirse, y de un cabezazo tumbó a uno de sus enemigos, mientras de un puntapié, enviaba al otro casi contra la mismísima hoguera. Pero los otros tres le golpearon con sus culatas, e inmediatamente el joven perdió el sentido.

No estuvo mucho rato inconsciente. El sentido del peligro que estaba corriendo le hizo recuperar muy pronto sus facultades.

A Anna la habían atado también.

La muchacha no se movía. Sólo contemplaba con silencioso desprecio a los cinco hombres, que les miraban como decidiendo para sí qué era lo que tenían que hacer con ellos.

Al Fin, el de la barba se acercó a Prince.

—Soy el capitán Wellington —dijo—, y éstos son mis hombres.

—Yo soy el capitán Prince.

Wellington sonrió oscuramente.

—Puede que en el campo de batalla nos tratáramos de otro modo, pero aquí estamos encargados de una misión secreta y rastrera, que nos imposibilita de llevar uniforme —dijo—. Eso significa que no pienso ceñirme a la dignidad militar ni portarme como un caballero. Si es necesario, obraré como un granuja. ¿Has

entendido bien?

También sonrió oscuramente Prince.

—Has empezado a portarte como un granuja al matar sin necesidad un caballo.

—Pues eso es sólo el principio. Soy capaz de matar a la muchacha también.

—Con perros como tú, el Sur no ganará la guerra.

—No veo tampoco que el Norte vaya a ganarla con perros como Jim.

Prince se mordió el labio inferior. Sí, era cierto. Tenía que reconocerlo. En la guerra despiadada de los servicios secretos, la caballerosidad y el honor no existían.

Wellington siguió:

—Jim, ese hijo de perra, tenía por misión apoderarse de unos planos de nuestro Estado Mayor, relativos a una próxima ofensiva. Sabemos que los consiguió, pero que no pudo llevárselos porque antes fue muerto. Esos planes nos son necesarios para tener la seguridad de que no caen en poder de vuestro Estado Mayor. Uno de vosotros dos los tiene. Ahora sólo necesito saber quién.

Y señaló significativamente, con el mentón, el hierro de marcar ganado, que ya empezaba a estar al rojo vivo.

Intencionadamente, Prince evitó mirar a Anna. No quería suplicarle. No quería tampoco que ella pudiese decir dónde ocultaba aquellos planos, porque entonces su misión habría fracasado.

Tenía que aguantar él. Tenía que ser él quien desorientase a los cinco sudistas.

Murmuró:

—El sobre que consiguió Jim lo tengo ya, naturalmente. Pero no soy tan tonto como para llevarlo encima.

—¿Dónde está?

—Eso os corresponde averiguarlo a vosotros, muñecos.

Wellington se acarició la barba.

—Si me obligas a emplear procedimientos brutales, no será por culpa mía.

—Podrías hacer trabajar tu imaginación y buscar —murmuró Prince—. Seguro que ya sabéis todos los sitios en que he estado desde que llegué aquí.

—Estuviste en el cementerio, lo cual nos hace pensar que quizá el sobre esté oculto en alguna tumba. Pero no podemos registrarlas todas, y, menos, exponiéndonos a que nos vean en la ciudad. Tú tendrás que «ayudarnos» un poco.

—No pienso hacerlo.

—Peor para ti.

Wellington hizo una seña.

Uno de sus hombres rompió la camisa de Prince, dejando el poderoso pecho al descubierto. Otro fue en busca del hierro al rojo. Lo hizo con una lentitud premeditada, para que Prince se diese cuenta de lo que le esperaba, y se decidiese a hablar.

El joven volvió la cabeza hacia Anna.

Se dio cuenta de que ella estaba a punto de decir lo que sabía. Comprendió que sólo faltaban unos segundos para que la joven lanzase un grito y dijera la verdad.

Los ojos de Prince pidieron angustiosamente su silencio. Aquellos ojos imploraron, en una muda y desesperada súplica: «¡No! ¡No!…»

Ella apretó los labios.

Las lágrimas habían asomado a sus ojos. Tenía miedo, pero hasta el fin quería mantener su orgullo.

El hombre del hierro al rojo se acercó.

—Por última vez, Prince…

Éste negó con la cabeza.

No quería mirar aquella marca roja, incandescente, que iba a destrozarle el pecho.

El sudista se la puso muy cerca de la piel, pero sin tocársela, sólo para que el calor horrible fuese un preludio de lo que esperaba a Prince, si éste no se decidía a hablar.

El joven no despegó los labios.

Febrilmente, con esa fuerza que sólo da la desesperación, intentaba librarse de sus ligaduras.

Pero los nudos estaban bien hechos, y sabía que no iba a poder conseguirlo.

Wellington susurró:

—Ahora…

El hierro fue aplicado sobre su piel.

El sudista apretó con fuerza. Prince ahogó primero su aullido de

dolor, se mordió los labios angustiosamente para no gritar, pero al fin el tormento fue más fuerte que él, y terminó lanzando un grito lacerante. Sintió como si el hierro al rojo se metiera en sus mismas entrañas, como si le deshiciera el cuerpo entero. Al fin, su cerebro no pudo resistir aquella espantosa tensión, y perdió el sentido.

Tampoco estuvo mucho tiempo inconsciente esta vez.

Entre las peñas pasaba un pequeño arroyo, y uno de los sudistas había llenado una cantimplora de agua. Se la derramó poco a poco sobre la nuca.

Prince empezó a despabilarse.

Todo él olía a carne quemada.

El dolor era lacerante, y comprendió que no podría resistir otra prueba como aquélla.

Estaba colgado de sus brazos, al haber perdido el sentido. Entonces se dio cuenta, aunque muy débilmente, de que lo que no habían podido conseguir sus tirones estaba a punto de conseguirlo la fuerza insistente de su propio peso.

Los nudos de las ligaduras habían cedido un poco, sólo un poco.

Wellington volvió a aproximarse.

—Supongo que esto te habrá hecho reflexionar —murmuró.

Prince hizo un gesto que no significaba nada. Tenía la boca espantosamente seca.

—Podemos repetir… —insinuó Wellington.

—Lo… sé.

—Pero voy a ser generoso y voy a darte otra oportunidad para que nos digas dónde escondes lo que tenía Jim.

—No… sé nada.

—No intentes ganar tiempo ni hacerte el idiota. Conozco muy bien esa táctica, y sé que solamente dura lo que puede durar la piel de un hombre. Tu piel durará muy poco rato, Prince. Cuanto más resistas, más acabarás perdiendo.

—Repito que… no sé nada.

Wellington hizo una seña.

El hombre que llevaba el hierro de marcar se acercó otra vez parsimoniosamente.

En aquel momento sonó la voz desgarrada de Anna:

—¡No! ¡No lo haga!…

Como si de pronto recordaran su existencia, todos los rostros se

volvieron hacia ella.

—Quizá tú sabes algo… —murmuró Wellington.

La muchacha desvió los ojos hacia Prince, y supo captar en la mirada de éste una imperiosa orden para que siguiera guardando silencio.

—No sé nada —musitó ella.

Wellington sonrió malignamente.

—Me parece que entre los dos os traéis un buen secreto —dijo —. ¿Por qué no nos ponemos de acuerdo y lo compartimos entre todos?

—Es inútil —masculló Prince—. No diré nada.

—Pero ella, quizá, sí.

—Ella también es valerosa.

—No lo será tanto cuando le apliquemos el hierro al rojo. Jamás habré marcado una res tan bonita —dijo Wellington.

—¡No serás capaz!

—¿Por qué no?

—¡Si alguna vez has sido soldado, si alguna vez has tenido honor, no harás eso!

—El honor no significa nada, cuando se puede cambiar el curso de una guerra.

—¡Eres un perro leproso, Wellington! ¡Y me acordaré de eso cuando te tenga delante de mi revólver!

Mientras le distraía con estas palabras, Prince intentaba furiosamente librarse de sus cuerdas. Ya casi no sentía el dolor físico, porque era superior la angustia de no saber si llegaría a tiempo.

—¡Ahora, ella!

Desgarró con sus manos la ropa de la muchacha. Ni las prendas interiores fueron respetadas. Todo el busto de Anna quedó al descubierto.

Los ojos de Wellington brillaron, porque nunca había visto una mujer igual, pero fue solo un momento.

—Capitán… —dijo uno de sus hombres—. Si me permite… Es una lástima destrozarla así.

—¡Qué hable!

—Quizá no sepa nada.

—Soy yo el único que sabe algo —gritó Prince—. ¡Solamente yo!

¡Infiernos! ¡No la toquéis! ¡Ella no puede decir nada!

Wellington se acarició la barba.

—Veo que la chica te interesa, Prince.

El masculló, como si se avergonzara de sus palabras:

—Creo que yo jamás había querido a nadie. Ésta es la primera vez que siento como si mi vida pudiera ser distinta. Sólo una mujer como ella podría hacerla cambiar.

—Eso se llama amor, más o menos.

—¡Llámalo como quieras, pero no la toques a ella! ¡No la toques, maldito sea el infierno!

—Tus palabras me dan una idea, Prince.

—¡Qué milagro! Debe ser la primera que tienes en tu vida.

—Estoy pensando que tú no cederás, pero te derretirás como mantequilla en cuanto veas que abrasamos a la chica.

—¡No os atreveréis! ¡No haréis eso!

Wellington señaló a Anna. Señalaba una parte muy concreta y muy íntima de su cuerpo.

—Ahí —dijo—. Será una bonita marca.

El soldado que empuñaba el hierro se acercó.

Su mano derecha temblaba.

Acercó el hierro a los senos de Anna, que había cerrado los ojos y cuyos labios palpitaban con horror. Pero antes de empezar el suplicio, la mano del que iba a ser el verdugo fue incapaz de sostener el hierro.

—No puedo… —farfulló.

Wellington lanzó una maldición.

—¿Tendré que hacerlo yo?

—Hágalo usted mismo, si quiere: Yo… nunca he marcado a una mujer.

—Al fin y al cabo, entre una mujer y una res no hay tanta diferencia. ¡Dame de una vez!

Tomó el hierro en su derecha y fue a aplicarlo sin vacilación sobre la parte de la piel de Anna que previamente había elegido.

Prince se dio cuenta de que no podría evitarlo, de que no lograría romper las ligaduras a tiempo.

Un sonido gutural, ronco, brotaba de su garganta.

Tenía las muñecas destrozadas de tanto tirar de sus ligaduras. Ahora podía hacerlo sin disimulos, puesto que todos estaban

pendientes del suplicio de Anna.

El hierro ya estaba casi junto a la piel de ésta.

Wellington había apretado los labios, con una mueca de malsano placer.

Anna seguía con los ojos cerrados, y sus labios temblaban espasmódicamente.

El grito de Prince se repitió…

… ¡Y el joven saltó de repente!

Sus muñecas estaban cubiertas de sangre, pero él no lo notaba. Tampoco notó el dolor cuando sujetó el hierro casi por la parte en que estaba calentado al rojo.

Wellington le miró con ojos de alucinado. No comprendía aquello.

Pero, de pronto, se dio cuenta de que Prince estaba libre… ¡y de que acababa de arrebatarle el hierro al rojo!

Con un aullido de miedo, se lanzó hacia atrás. Vio que la marca volaba hacia sus ojos.

—¡Tirad! ¡Tirad de una vez! ¡Matadle como a un perro!

Pero sus cuatro hombres estaban demasiado asombrados para reaccionar a tiempo. A uno, más rápido que los otros, y que se inclinaba para sacar el revólver, Anna lo cegó de momento, arrojándole con el pie una brusca nube de polvo.

De pronto, un aullido terrible, inhumano, quebró el silencio de las montañas.

El hierro había sido aplicado entre los dos ojos de Wellington.

Éste cayó hacia atrás, revolcándose, llevándose las manos al rostro, que era ya como una brasa.

Prince no perdió ni un segundo en verle caer, a pesar de que, para él, el espectáculo valía la pena.

Desplomó la punta al rojo del hierro sobre la cabeza del enemigo que le pareció más peligroso.

Aquella cabeza se abrió como si la hubieran partido con un gigantesco cuchillo. El chasquido espantoso hizo rechinar los dientes de Anna, que acababa de abrir los ojos.

Pero Prince no podía hacerse ilusiones. De todos modos, sabía que estaba perdido.

Tres hombres le apuntaban ya con sus revólveres, listos para hacer fuego.

CAPÍTULO X

No existía la menor posibilidad de saltar sobre ellos. Estaban a demasiada distancia.

Además, Prince no tenía revólver, ni le iba a ser factible llegar hasta el que antes dejó caer. También estaba demasiado lejos.

Susurró, tenso:

—Vamos, disparad… ¿A qué aguardáis? ¿También para esto necesitáis una orden de vuestro jefe?

Los tres hombres levantaron un poco sus revólveres. Los dedos se cerraron ya sobre los gatillos.

En aquel momento sonaron tres detonaciones.

Los sudistas cayeron en las más variadas y extrañas posturas, pero los tres con el gesto de llevarse las manos a la cabeza. Los disparos les habían alcanzado a todos en el mismo sitio.

Prince quedó paralizado por el asombro en el primer instante. No comprendía de dónde podía haber venido aquella inesperada ayuda.

Wellington, que gateaba por el suelo, logró acercarse al revólver de uno de los caídos. Consiguió ponerlo en línea de tiro.

Un nuevo disparo le voló la cabeza, ahorrándole preocupaciones.

Por encima de una roca que dominaba aquella zona, acababan de aparecer cuatro hombres.

Los cuatro iban vestidos a la usanza del país, pero uno de ellos, más joven, llevaba ropas distinguidas, y sus revólveres estaban adornados con oro y nácar.

Paseó una mirada por los cuerpos retorcidos y luego guardó calmosamente el revólver.

—Soltad a la chica —ordenó.

Prince le miró fijamente.
—Te corresponde el honor de hacerlo a ti, Fuentes.
—Yo no quiero tocar la chica. No lo haré hasta que sea su marido.
Prince se frotó las muñecas destrozadas.
Mientras tanto, miró bien a Fuentes.
Estaba ante el rico hacendado que había liquidado a Jim. Estaba ante el hombre por cuya causa él tenía que vivir ahora todo aquel problema.
Sin embargo, no podía odiarle. Se daba cuenta de que en cada gesto de aquel hombre palpitaba una ruda nobleza. No era sólo porque le hubiese salvado la vida. Prince, como buen soldado, sabía admirar no sólo al amigo, sino también al enemigo noble.
—Has llegado muy oportunamente —dijo.
Fuentes no contestó hasta darse cuenta de que Anna había sido liberada. Ella lloraba en silencio, frotándose las muñecas. Prince, con un mudo gesto, le entregó la camisa que antes le habían arrancado, para que se cubriese con ella.
Fuentes murmuró:
—Ha sido una casualidad. Mis hombres y yo íbamos de caza. Lo que no imaginábamos era capturar unas piezas tan importantes. ¿Quiénes eran? Unos bandidos, ¿no?
—No eran bandidos, sino soldados del Sur.
—¿Y por qué no llevaban uniforme?
—Pertenecían al servicio de información. Yo me encuentro en la misma situación que ellos, pero pertenezco al Norte.
—Pues, entonces, si eran soldados, los enterraremos en posición de firmes —dijo—. Hace más bonito.
Luego volvió a mirar a Prince.
—¿Tú eres «gringo»?
—Sí.
—¿Amigo del que yo liquidé?
—Sí.
—Y a lo mejor también pretendes a Anita…
—A Anna la pretende todo el que la ve, creo yo.
—Pues, amigo, eso no es sano.
—¿Y qué quieres que te diga yo?
—Tú, nada. En cambio, yo sí que voy a decirte una cosa. Lo

mejor, mejorcito, que puedes hacer es preguntarle a tu amigo, el Jim ese que vino antes, y decirle cómo le fue, por la tozudez ésa de pretender a Anita.

—Ya vi que le fue bastante mal. Su estado de salud es tan delicado que el pobrecito está que se pudre.

—¿Y qué haces tú, que no tomas ejemplo?

Los dos hombres se miraban fieramente. De pronto, Anna, que ya estaba algo más repuesta, gimió:

—¡Por Dios, basta!…

Los dos hombres relajaron sus músculos.

Fuentes intentó sonreír.

—No sé si te habrá molestado mi intervención, Anita. Ya sabes lo que ocurre. Cuando uno sale a cazar, le da a lo primero que encuentra. Y esos tres hermanitos se me habían puesto tan bien.

—Tu llegada nunca ha sido más oportuna, Fuentes.

—Caray, menos mal.

—Pero no quisiera que ahora convirtieses esto en una pelea. Prince es huésped de mi padre.

—Demasiado lo sé.

—No debes preocuparte por él: Se marchará mañana mismo.

—¿De verdad?

—Te lo prometo.

—Y se marchará solo, supongo…

Ella le miró orgullosamente.

—Ya lo sabes. Mañana hasta mediodía. Tienes justo veinticuatro horas; para recoger en un hatillo tu camisa y tus trastos de afeitar, te sobra tiempo.

Y, haciendo una seña a sus hombres, volvió bruscamente la espalda.

Antes de alejarse, uno de los acompañantes dijo que volverían luego a enterrar los muertos.

Por fin se esfumaron entre las rocas, como si éstas se los hubiesen tragado.

CAPÍTULO XI

Prince miró a Anna. Ahora que la horrible tensión había cesado, sentía que la quemadura le dolía de un modo insoportable. Con gusto, se hubiese puesto a gritar. Sin palabras, fue hasta el arroyo cercano y se salpicó con agua la marca que le habían hecho, como si fuera una res. Al principio sintió un cierto alivio, pero luego fue aún peor.

Anna se acercó a él.

—Te cuidaremos en casa —murmuró.

—¿Y qué explicaré allí? ¿Le diré a tu padre que esta vez me he caído sobre un brasero?

—A mi padre no tienes que explicarle nada.

—Pues en cuanto me vea llegar así de desnudito, no sé qué va a decir…

—Tengo remedio para eso.

Siempre cubierta con la camisa de Prince, se alejó entre las rocas. Iba inequívocamente a un sitio que ella debía conocer bien. Tardó casi media hora en regresar, durante cuyo tiempo, el joven se estuvo aplicando agua sobre la quemadura, hasta que la piel empezó a saltar, y entonces el dolor se hizo aún más lacerante.

Al fin, la muchacha regresó, saltando ágilmente entre las rocas. A pesar de ser hija de un hacendado, en muchos aspectos tenía la gracia y la vitalidad de una pastorcilla.

—Más abajo, el arroyo forma un meandro —explicó—, y las sirvientas de mi padre lavan allí la ropa. He explicado a una de ellas que estoy en un apuro y que debe traerme un vestido, así como una camisa de hombre. Sé que es de confianza, y nada dirá.

En efecto, poco más tarde, una mujer delgada, muy morena, se presentó con un hatillo de ropa. Si imaginaba lo que imaginaba,

cambió de idea al ver la horrible quemadura en el pecho de Prince y la variadísima colección de muertos que se ofrecía a sus ojos.

Anna dijo:

—Gracias, María. Ahora puedes retirarte. Nosotros entraremos en casa por la puerta trasera. Recuerda que nada debes decir, absolutamente nada a nadie.

—Descuide, señorita Anna.

Cuando la mujer hubo desaparecido, Prince se vistió en silencio la camisa nueva, vuelto de espaldas a la muchacha, que se cambiaba de vestido detrás de unos arbustos.

Al fin, ella se acercó.

—Podemos regresar cuando quieras.

—No te he dado las gracias aún, Anna.

—¿Gracias por qué?

—No les dijiste a esos hombres que tú guardabas el sobre. Mi misión hubiera fracasado con sólo una palabra tuya.

—Lo comprendí.

—Te has portado como una valiente, Anna.

—Esa guerra vuestra es… es horrible…

—Quizá ahora comprenderás por qué Jim sólo pensaba en ganarla.

—Lo mismo que piensas tú…

Curiosamente, había como un despecho, como un sordo rencor en la voz de Anna.

—Yo pienso algo más, aunque a veces lo lamente.

Ella dio una brusca vuelta.

Se daba cuenta de que la situación podía derivar hacia un terreno peligroso.

—Vamos —repitió.

Los dos echaron a andar en silencio, descendiendo hacia la población, que se veía a lo lejos como una sinfonía de casas blancas y pequeñas manchas verdes.

—¿Por qué has dicho que me iré mañana? —preguntó Prince, al fin, después de un largo silencio.

—Porque te irás.

—¿Me darás lo que Jim tenía?

—Déjame pensarlo. Lo meditaré esta noche.

Nadie les vio al entrar de nuevo en la casa, puesto que

emplearon una discreta puerta trasera que María ya había dejado oportunamente abierta. Anna repitió a Prince que no le volviese a hablar del sobre. Que lo pensaría por la noche.

Pero por la noche cambiaron las cosas para Prince.

A pesar de que Anna hizo llegar a sus manos una pomada para que se curase, el dolor era más vivo cada vez. Y al anochecer, le acometió una terrible fiebre.

CAPÍTULO XII

Cuando se recuperó, después de varias horas de delirio, se dio cuenta de que el sol proyectaba muy poca sombra al penetrar por la ventana. Sin duda, debía faltar ya poco para el mediodía.

La brutal herida había hecho crisis, pero ahora lo peor estaba resuelto. Su fiebre de la noche anterior debía haber tenido, en parte, un origen nervioso. Ahora la quemadura ya sólo le dolía si hacía algún movimiento brusco. Sus fuerzas parecían haberse recuperado, en gran parte.

Se miró al espejo, y vio que su aspecto no era tan malo como él había temido. Todo aquello debía atribuirlo, sin duda, al efecto beneficioso de las horas de sueño.

Pero éstas habían sido demasiadas. Ahora estaría a punto de expirar el plazo que le dio Fuentes.

¡Y él necesitaba hablar con Anna antes, y obtener el sobre! ¡Necesitaba conseguirlo!

Se lavó y afeitó rápidamente. Luego terminó de vestirse. Cuando estaba haciéndolo, el reloj de la única iglesia de la población empezó a lanzar al aire sus lentas campanadas. Prince las contó.

Las doce.

El plazo había expirado. A partir de aquel momento, Fuentes le mataría o sería él quien tendría que matar.

Miró por la ventana, como si quisiera consultar el reloj de la torre, asegurándose aún más de que el plazo fatal había expirado.

Pero en ese momento la calma de la pequeña plazuela se vio rota por el ruido de los cascos de varios caballos que avanzaban velozmente.

Eran cinco hombres. Entre ellos, figuraba Fuentes.

Los cinco descabalgaron con tranquilidad, como si fueran a

asistir a una ceremonia. Lo curioso era que iban desarmados todos, excepto Fuentes, quien llevaba dos revólveres.

Los hombres amarraron los caballos, y él entró en una pequeña cantina que había en la esquina, y en la que sólo al anochecer llegaba algún cliente.

Quedó quieto allí, apoyado en la barra, sabiendo que Prince saldría.

CAPÍTULO XIII

La casa entera permanecía en silencio.

Diríase que nadie habitaba en ella, que de repente se había convertido en una tumba.

Prince fue a salir por la puerta trasera, la que daba directamente a la plazoleta. Pudo haber salido por la puerta principal, esquivando así a Fuentes, pero eso le pareció indigno. El mejicano debía contar con ello, aparte de que quizá había dejado hombres vigilando también los otros puntos de la casa.

Cuando Prince iba a hacer girar el pomo de la puerta, una voz susurró cerca de él:

—¿Vas a ir?

Prince se volvió.

Los ojos de Anna estaban húmedos. Aquellos ojos, que siempre fueron desafiantes, ocultaban ahora una honda pena.

—¿Es que ya sabes lo que ocurre, Anna?

—Fuentes está ahí.

—Era de esperar. Fuentes es uno de esos hombres que siempre cumplen su palabra.

—Ha venido a matarte.

—También era de esperar.

—¡Prince…!

La voz de Anna era espesa, amarga.

—Prince, no quiero que los dos os matéis por culpa de lo que Jim quería llevarse.

Avanzó hacia un lado de la blanca pieza, hacia una consola cuya llave ella conservaba.

La abrió, y extrajo del cajón central un abultado sobre blanco, que fue a entregar al joven.

Prince parpadeó.

Allí estaba el secreto por el que Jim había muerto y por el que cinco sudistas se habían dejado también la piel. El secreto que podía salvar o condenar a miles de hombres.

—Tómalo, Prince. Tómalo y vete.

El vaciló. Fue a tender la mano, y luego la retiró lentamente. Anna le miró con sorpresa.

—No vas a decirme que no lo quieres ahora.

—Con gusto lo quemaría, pero desgraciadamente lo necesito. Demasiados hombres han muerto ya por eso que tienes en las manos.

—Entonces, tómalo.

Prince lo aceptó. Pareció como si su mano estuviera manchada, después de tocar aquello. Guardó el sobre en uno de sus bolsillos.

—Ahora ya tienes lo que querías, Prince.

—Sí, en efecto.

—Podrás irte…

—Desde luego.

Cada vez la voz de Anna era más ronca, más espesa, más infinitamente amarga.

—Haz una cosa, Prince.

—Tú dirás.

—Me he dado cuenta de que Fuentes no ha puesto a nadie vigilando las cuadras. Puedes llegar fácilmente a ellas por una puertecita interior que yo te indicaré. Tomar un caballo y marchar desde allí, será lo más sencillo del mundo.

Prince guardó silencio.

Era imposible decir lo que había en sus ojos inexpresivos, quietos como dos pedazos de metal.

—¡Vete, Prince! ¡Vete! ¡No pierdas esta ocasión! ¡No volverás a tener otra!

El apretó los labios.

Palpitaba en la súplica de la mujer un acento desesperadamente amargo.

—Vete…

—Lo siento, Anna, pero yo he decidido todo lo contrario.

—¿Qué?

—No voy a irme.

—Prince, estás loco…

—No voy a irme, por una sencilla razón.

—¿Acaso deseas que te entierren aquí?

—No. Sólo me voy a quedar porque te quiero, Anna.

Ella, que intentaba no mirarle, alzó de pronto la cabeza, como sacudida por una descarga eléctrica.

—¿Qué… qué dices?

—Te quiero como no he querido a ninguna otra mujer en toda mi maldita vida.

—Debes olvidarte de eso, ahora.

—Tú también me quieres, Anna.

—Yo juré… ¡juré que no volvería a amar más!

—Estás intentando convencerte a ti misma.

—Prince… ¡huye! ¡Olvida que me has conocido! ¡Esto no es más que una condenada locura!

—Cierto. Puede que sea la única locura de toda mi existencia, Anna, pero vale la pena haber vivido solo por este momento. Siempre fui un hombre que pensó ante todo en cumplir con su deber; desde que empezó esta guerra, pensé que yo debía matar o morir por la victoria de mi causa. Pero ahora me doy cuenta de que hay algo en lo que nunca pensé, Anna. Y quizá no lo hubiera pensado nunca, de no haber visto tus ojos.

Ella pareció tambalearse un momento. Pareció darse cuenta de lo que aquellas palabras significaban. Y, cosa extraña, su amargura se hizo más patética y más honda.

—Jim fue el primer hombre de mi vida —susurró—. Yo era una muchachita sin experiencia, que nada sabía de la vida ni de sus mentiras. No sé si le amé hasta lo más profundo, como debe amarse, pero sé que para mí significó algo importante, algo definitivo, y que estaba dispuesta a casarme con él. El desengaño fue terrible, pero sobre todo sentí lo que significaba haber querido a un hombre que luego estuvo muerto ante mis propios ojos. No quiero sentir eso otra vez, Prince. ¡No quiero!

—Eso significa que también me quieres a mí, Anna.

Ella inclinó la cabeza.

Hacía un desesperado esfuerzo por contener sus palabras, por contener sus lágrimas.

—Sí… —musitó—. Te quiero… Lo comprendí cuando… iban… a

torturarte… Entonces me di cuenta de que… siempre te querría.

Prince murmuró:

—Gracias, con eso tengo bastante.

Y abrió la puerta, saliendo a la calle, sin que ella pudiese detenerle.

Capítulo XIV

El cantinero se había instalado en un rincón, y lo contemplaba todo con sus ojos inmóviles, ligeramente rasgados.

Fuentes sonrió al ver entrar a Prince.

—Vaya… ¡Si es mi amigo!

—Hola Fuentes.

—Vienes algo retrasadillo… ¿No habíamos quedado en que te «ibas» antes de las doce o te «quedabas» después de las doce?

—Lo recuerdo.

—Pues, por lo que veo, te «quedas».

—Así es.

—No sabes el alegrón que me das. Hasta tengo casita para ti y todo.

—Imagino dónde.

—¡Dónde va a ser! ¡En el mejor sitio del cementerio, con vistas a la sierra! En este momento, mis hombres te están haciendo un panteón. Sí, sí, no te rías… Un panteón que ni yo voy a tenerlo.

—Es que a lo mejor lo ocupas tú, Fuentes.

—¿De manera que, encima, vienes gallito?

—Vengo a darte una satisfacción. Creo que la mereces.

—¿Una satisfacción? ¡Pues claro que sí! ¿Y qué haces que no te mueres?

—Fuentes, yo quiero a Anna.

La levísima sonrisa que flotaba en el rostro del mejicano se fue borrando lentamente.

—Supongo que sabes lo que eso significa, «gringo».

—Tú eres un hombre noble y sincero, Frentes. Te ruego que lo comprendas. Y te ruego también que aceptes el hecho inevitable de que nadie manda en su propio corazón.

—¿Es que Anna también te quiere?

—Sí.

—Uno de los dos sobra, «gringo».

—No quisiera tener que matarte. Pienso que no lo mereces.

—Yo te libraré de ese problema de conciencia, amigo. Porque el muerto vas a ser tú.

—Te advierto que, por desgracia para mí, soy un auténtico pistolero.

—También lo era Jim, y ya ves cómo está. Bien abrigadito en su caja, tomando lecciones.

—Por última vez… Reflexiona, Fuentes.

—¿Qué tal manejas el cuchillo?

Prince parpadeó.

No había dudas de que Fuentes intentaba situar la pelea en el terreno que le era más favorable.

Pero estaba en su derecho. Si renunciaba a la ayuda de sus hombres, podía, al menos, elegir las armas.

—No lo manejo mal.

—Entonces, toma.

Recogió el cuchillo que le tendía uno de sus hombres y lo lanzó hacia Prince, clavándolo bruscamente en la madera de la barra. El capitán ni siquiera parpadeó.

Desclavó el cuchillo.

Vio que Fuentes desenfundaba también el que llevaba sujeto a su cinto. Las dos armas eran exactamente iguales. El mejicano no aceptaba ninguna ventaja.

Los dos hombres se miraron, con los cuerpos arqueados, los cuchillos en las derechas, los ojos reflejando esa calma glacial de los que ya se han desafiado cien veces.

Ninguno de los dos tenía miedo. Sólo tantearon el punto débil del adversario para acabar pronto.

Fuentes fue el primero que creyó descubrir el punto flaco de Prince.

A éste le era difícil mover el cuchillo de un lado a otro y con la suficiente rapidez.

No se equivocaba, puesto que, en efecto, la reciente quemadura le dolía terriblemente al joven cada vez que éste tenía que hacer un movimiento brusco y tirar de los músculos de su pecho.

Fuentes se lanzó a fondo, pero Pince esquivó con un solo movimiento de cintura, sin alterar apenas la posición del resto de su cuerpo.

El cuchillo pasó rozándole y se le llevó por delante una pequeña porción de la tela de su camisa.

Bastó aquel sencillo movimiento para acreditar a Fuentes de excelente luchador. La huida de Prince había sido lo bastante ágil como para que su enemigo pasara a cierta distancia, y sin embargo casi le había atravesado. Se dio cuenta de que sus posibilidades de sobrevivir eran muy pocas.

Por el momento, el dolor de la quemadura era aún soportable, pero en cuanto la carne se abriese de nuevo, comenzarían a fallar sus reflejos, al no obedecerle los músculos doloridos.

Una vacilación de una décima de segundo, un solo desmayo, significaría el fin.

De un modo automático, Prince levantó el brazo cuando Fuentes pasaba junto a él como un obús, y dejó caer pesadamente la mano sobre la nuca de su enemigo.

El golpe se oyó en toda la cantina.

Hasta una res hubiera quedado desnucada con aquello, pero Fuentes se limitó a sacudirse la cabeza, a respirar hondo y a atacar de nuevo.

Ahora no se lanzó a fondo, evitando llegar al alcance de la mano izquierda de Prince, después de probar la «caricia» anterior. Su cuchillo trazó un movimiento de zigzag.

El capitán pudo retirarse a tiempo, pero aun así la hoja de acero le produjo dos arañazos en la camisa.

Era el pecho lo que no le respondía. Toda la zona afectada por la quemadura carecía de flexibilidad. Tenía que fiarse sólo de su cintura y de sus piernas, pero eso no era bastante para un cuchillero como Fuentes.

Éste lanzó un grito de triunfo.

Por un momento había creído tener la victoria en la punta de su cuchillo. La sensación que sufrió fue la de desgarrar la piel de su adversario.

Volvió a lanzarse a fondo. Prince saltó hacia atrás.

Se apoyó en una sola pierna y levantó la otra. Un terrible puntapié fue directamente a la mandíbula de Fuentes,

produciéndose otra vez un «craak» en toda la sala. Dio la sensación de que todos los huesos de Fuentes se habían roto.

Ahora fue Prince quien consideró que su enemigo estaba algo «maduro» y podía atacar él.

Se lanzó a fondo.

Fuentes le esquivó fácilmente, demostrando su maestría, y le dirigió un tajo de abajo arriba.

Un grito de entusiasmo brotó de las gargantas de sus hombres.

Todo un hombro de Prince había sido abierto. La herida no era profunda, puesto que el cuchillo solo rozó la piel, pero impediría que moviese bien aquella parte de su cuerpo. ¡Y precisamente el hombro herido era el derecho!

Un sudor frío apareció de repente en las sienes de Prince.

Saltó hacia atrás, para evitar la acometida de su enemigo, que preveía inmediata. En efecto, el cuchillo le rozó el cuello. Si llega a estarse quieto, se lo siega de un tajo.

Los dos hombres quedaron a tres pasos de distancia uno del otro, mirándose con ojos llameantes.

Prince hizo un leve movimiento de zigzag con su cuchillo, en parte para desorientar a Fuentes y en parte para comprobar cómo le respondía su hombro herido.

Le respondió mal.

Si hacía un movimiento brusco, parecía como si fueran a arrancarle el hombro. Tuvo entonces que hacer algo que le situaba ya por completo en franca inferioridad.

Cambió el cuchillo a su mano izquierda.

Prince estaba prácticamente acorralado en la barra. Comprendió que ahora le iba a ser difícil salir de allí. Eso dio un exceso de confianza a Fuentes, que otra vez se lanzó a fondo.

Ahora ya no debía temer los golpes de la mano libre de Prince.

Éste movió la cintura, y un rugido brotó de las gargantas de los espectadores cuando el cuchillo se clavó hasta las cachas en la madera de la barra.

Fuentes, desesperadamente, intentó retirarlo, pero perdió en ello unos segundos preciosos.

Durante aquellos segundos, Prince lo tuvo a su merced. Pudo haberlo matado con sólo un gesto.

No lo hizo.

Esperó a que su adversario desclavara el arma y se volviese hacia él, con ojos llameantes.

Un espantoso silencio se había hecho en el local.

Prince notaba que la sangre iba manando poco a poco de su herida. Una especie de vértigo le acometía a intervalos, a causa del dolor.

Ahora los dos enemigos giraban lentamente, mirándose a los ojos, atentos al menor desfallecimiento.

Fuentes comprendió que no podía equivocarse otra vez.

Y si al principio quiso acabar la pelea pronto, ahora no se dio prisa. El tiempo iba a su favor. El dolor que sentía su adversario aumentaría en lugar de disminuir, y la pérdida de sangre lo iría debilitando poco a poco.

Prince también se daba cuenta de eso, y por tanto fue él quien decidió atacar.

Hizo un amago, obligó a su enemigo a desviarse hacia la izquierda, y él atacó precisamente por aquel lado, con una rapidez diabólica.

Todo un costado de la chaquetilla de Fuentes fue rasgado, pero la hoja de acero no penetró en la carne.

Fuentes atacó a su vez, no esperando a recuperar el equilibrio del todo, y más dueño de sus músculos, hirió la mano izquierda de Prince.

El puñal vaciló entre los dedos de éste.

Si él resultaba muerto, nadie entregaría el sobre en el Estado Mayor nordista. La muerte de Jim de nada habría servido. Su misión, tampoco. Miles de hombres perecerían por su causa.

Los dos hombres fallaron a la vez un golpe, chocaron y quedaron durante unos segundos uno contra el otro, mirándose a pocos milímetros como fieras en el momento de saltar.

Los dos fueron hacia atrás a la vez, mientras tendían sus manos para acuchillar al otro. Pero eran lo bastante ágiles para no ser alcanzados. Ahora fue Fuentes el que tropezó con la barra, y dio una rapidísima vuelta sobre sí mismo para encontrarse en mejor posición.

Fue un terrible error.

No comprendió que así indicaba a su enemigo, muy habituado a aquella clase de luchas, el punto exacto en que iba a detenerse.

¡Y hacia allí se lanzó Prince!
—Se oyó un alarido.
Todo un brazo de Fuentes había quedado ensartado por el cuchillo, siendo clavado en la madera de la barra. La mano, convulsa y estremecida de dolor, soltó el arma. Prince no tuvo más que tirar hacia atrás de su cuchillo y liberarlo para encontrarse frente a un enemigo balbuciente, transido de dolor, que no tenía nada para defenderse.
El combate había terminado.
El silencio dentro del local era espantoso, absoluto.
Los hombres de Fuentes debían tener orden de no intervenir, ocurriese lo que ocurriese, porque nadie hizo un gesto.
Fuentes sonrió débilmente.
—Clávalo… —musitó—. ¡Clava el cuchillo de una vez! La victoria es tuya.
El mismo se rasgó la camisa de un brusco tirón. Y él mismo hizo la señal de la cruz para despedirse de este mundo.
No tenía miedo.
Parecía alentar a Prince con los ojos, parecía decir que no vacilara más.
El capitán no tenía más que empujar la mano.
Era un parpadeo, un soplo. El cuchillo se clavaría hasta el fondo en el corazón de Fuentes.
Prince respiró hondo.
Iba a dar el golpe, la cuchillada que le proporcionaría la felicidad y la vida.
Y de repente, soltó el arma. Ésta se clavó, tremolando, en las tablas del suelo.
Prince volvió la espalda.
Un estremecimiento recorría sus hombros, su cuerpo entero de gigante.
—No puedo matar a un hombre como tú —susurró—. Tú mereces a Anna.
Salió bruscamente de la cantina. El sol le dio en los ojos, deslumbrándole haciéndole daño.
Pero más daño le hacían sus pensamientos, las esperanzas que había roto él mismo.
Tenía que ser así.

Anna tenía que ser del hombre que la respetase, que la conservara junto a la tierra donde nació. Un hombre que, además, fuera de su raza.

Vio a la muchacha pálida, quieta, hierática, en la puerta. Diríase que no respiraba.

Ella entró en la cantina. Se perdió en la penumbra del local.

«Tiene que ser así… —pensó el joven—. Tiene que ser así».

Caminaba hacia la casa. Iba a sacar al caballo. Todo habría terminado al fin.

El sol quemaba ahora en su espalda. La sangre iba manando lentamente.

Una nube gris pasaba por los ojos de Prince.

Y, de pronto, aquellos pasos junto a él.

Aquellos menudos pasos…

Giró la cabeza bruscamente, mientras su corazón daba un vuelco. De pronto, ya no sintió ni inquietud, ni pena, ni amargura.

Anna, silenciosa y humilde, caminaba junto a él.

—Fuentes me ha pedido que me casara contigo —dijo con un soplo de voz, antes de que Prince acertara a modular una sola palabra—: Dice que tú eres el mejor. Y, en cuanto a mí, nunca me han dado una orden más agradable en mi vida…

A lo lejos, en la puerta de la cantina. Fuentes les miró.

Hizo un saludo, mientras entraba de nuevo.

—¡Eh, tabernero! —gritó—. ¿Es que no hay un trago para un hombre que tiene sed? ¿Es que no puedo invitar a todo el pueblo a que beba lo que quiera?

Alcanzó una botella y, en silencio, se llenó un vaso de *whisky*. Se lo llenó hasta el borde.

FIN